

Esperanza más allá de la tumba



Esperanza más allá de la muerte

CAPÍTULO 1

¿Qué es la muerte?

La muerte es el mayor enemigo del hombre; y, de todas las fuentes de información a disposición del hombre, solo la Biblia nos brinda información definitiva sobre el futuro de quienes son abatidos por este temible monstruo. La Palabra de Dios promete que llegará un tiempo en que «ya no habrá muerte»; y, además, que los que han muerto volverán a vivir. (Revelación 21:4; Juan 5:28, 29). Conocer la provisión del Creador para una raza moribunda debería ser un verdadero consuelo para quienes lloran a sus seres queridos fallecidos.

Al espantoso espectro de la muerte misma se suma la incertidumbre casi universal de lo que hay más allá de la tumba. ¿Qué le sucede a una persona en el momento siguiente a la muerte? ¿Sigue esa persona viva de alguna manera misteriosa, rondando las funerarias mientras sus amigos se reúnen para llorar su fallecimiento? ¿O se ha ido a alguna «hermosa isla en algún lugar» desconocida? O, si el difunto no era cristiano, ¿se encuentra ahora en las regiones tradicionales de los condenados, donde está condenado a sufrir una eternidad de tortura en un infierno de fuego y azufre?

Por más que lo intentemos, no podemos descartar por completo estas preguntas de nuestras mentes. Y aunque muchos de nosotros podamos consolarnos en parte con la idea de que al menos muchos de nuestros amigos cercanos y familiares que han fallecido eran buenas personas y fieles creyentes en el cristianismo tal como lo entendían, y por lo tanto, según nuestras creencias aceptadas, ahora deberían estar felices en el cielo; sin embargo, todos hemos tenido algunos amigos queridos, y probablemente familiares, que han fallecido fuera de los límites de la creencia y la práctica ortodoxas, y no podemos evitar preguntarnos qué ha sido de ellos. ¿Están ahora sufriendo, o son felices?

La ciencia no ofrece esperanza

La ciencia nos dice que no hay evidencia de la continuidad de la vida humana cuando ocurre la muerte. Al ser esta una era de materialismo, muchos se inclinan a aceptar este punto de vista. La afirmación es que, en lo que respecta al principio de la vida, el hombre no es diferente de los animales inferiores; que la inteligencia superior de la especie humana no se debe a la teoría tradicional de que el hombre tiene escondida en su interior una inteligencia separada llamada «el alma» o «el espíritu», sino al hecho de que posee un organismo superior y más refinado que el de la creación bruta.

Veamos ahora algunos pasajes de las Escrituras que muestran claramente que la ciencia tiene razón en lo que respecta a la condición actual de los muertos. Eclesiastés 9:5 dice: «Porque los vivos

saben que morirán, pero los muertos no saben nada». El Salmo 49:10-12 también va al grano: «Los sabios finalmente morirán, al igual que los necios y los insensatos, dejando atrás toda su riqueza e . La tumba es su morada eterna, donde permanecerán para siempre. Pueden dar su nombre a sus propiedades, pero su fama no perdurará. Morirán, al igual que los animales».

En Génesis 2:7 se nos dice que «el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en una alma viviente». Más tarde, tras la transgresión de esta pareja originalmente perfecta, Dios dijo: «Con el sudor de tu frente comerás tu pan hasta que regreses a la tierra, pues de ella fuiste tomado; porque polvo eres y al polvo volverás». (Génesis 3:19). En el Salmo 146:4, David hace una declaración enfática sobre la condición de aquellos que regresan al polvo. Citamos: «Cuando exhalan su último aliento, regresan a la tierra, y todos sus planes mueren con ellos». Si el lenguaje significa algo en absoluto, entonces no hay duda de que estas palabras describen a una persona muerta como inconsciente, con todos sus pensamientos perecidos.

Observe nuevamente la afirmación del salmista: «Cuando exhalan su último aliento, regresan a la tierra». Si un hombre, como ser consciente y viviente, fue traído a la existencia por la unión del cuerpo material con el aliento de vida, parecería razonable que, cuando estos dos elementos se separan, la vida cesara; y esto es exactamente lo que afirma el texto: «todos sus planes mueren con ellos».

Algunos pueden preguntarse acerca del «aliento de vida», pensando tal vez que esto puede ser algo que sigue viviendo después de que el cuerpo muere. Dejaremos el tema del «alma» para una consideración posterior, pero examinemos ahora un pasaje que describe el proceso de la muerte, mostrando exactamente qué sucede con los dos elementos principales que la sabiduría divina y creativa ha combinado para producir la vida humana. Dice así: «Entonces el polvo volverá a la tierra como estaba; y el espíritu volverá a Dios, quien lo dio». Eclesiastés 12:7

La clave para una comprensión adecuada de este texto se encuentra en la palabra «regresar», utilizada tanto con respecto al cuerpo como al espíritu. Se dice que el cuerpo regresa a la tierra. Esto se debe a que sus elementos procedían originalmente de la tierra. De ello se deduce, por lo tanto, que si el espíritu regresa a Dios, debe haber estado con Dios antes de entrar en el organismo humano. Si estar con Dios en este sentido significa estar en el cielo, entonces se deduce que si el «espíritu» al que aquí se hace referencia es una entidad consciente, capaz de disfrutar de la vida en un cielo espiritual, significa que cada uno de nosotros debe haber estado en ese cielo espiritual antes de nacer; de lo contrario, no se podría decir que «regresamos» cuando morimos.

Lo que realmente es el «Espíritu»

La palabra hebrea traducida aquí como «el espíritu» es *ruach*. El profesor Strong, reconocida autoridad en las lenguas hebrea y griega, nos dice

que esta palabra hebrea *ruach* significa «viento» o «aliento». Es la misma palabra hebrea que se traduce como «aliento» en Génesis 7:15, donde se dice que la poseen los animales inferiores. Citando: «Las parejas de todas las criaturas que tenían aliento de vida [*ruach*] en sí vinieron a Noé y entraron en el arca». Si el uso de la palabra *ruach* para describir el aliento o el espíritu de vida en los seres humanos significa que tenemos dentro de nosotros una entidad inteligente de algún tipo que sigue viviendo después de que el cuerpo muere, también significa que los animales inferiores poseen inherentemente algo intangible similar que nunca puede morir.

Pero cuando razonamos en armonía con la Palabra de Dios, todo queda claro. Génesis 2:7 afirma que Dios creó al hombre del polvo de la tierra y «sopló en su nariz el aliento de vida». Se dice que el resultado de la unión del cuerpo con el aliento de vida es que «el hombre se convirtió en una alma viviente». Obviamente, cuando el cuerpo regresa a la tierra, y el aliento o el espíritu de vida regresa a su fuente original —a Dios, quien lo dio—, deja al individuo en la misma condición en que se encontraba antes de nacer, que era una condición de inexistencia.

Para resolver esta cuestión de manera aún más definitiva, solo tenemos que recurrir a Eclesiastés 3:19-21, donde se utiliza de nuevo la palabra hebrea *ruaj*, y allí se dice que el aliento [*ruaj*] tanto del hombre como de la bestia va al mismo lugar al morir. Citando: «Porque lo que les sucede a los hijos de los hombres, les sucede a las bestias; una misma cosa

les sucede: como muere uno, así muere el otro; sí, todos tienen un mismo aliento [*ruach*]; de modo que el hombre no tiene preeminencia sobre la bestia, pues todo es vanidad. Todos van a un mismo lugar: todos son del polvo, y todos vuelven al polvo. ¿Quién sabe si el espíritu del hombre sube [al cielo] y [si] el espíritu de la bestia desciende a la tierra?»

Los relatos del Nuevo Testamento sobre la muerte concuerdan plenamente con los del Antiguo Testamento. Jesús indica que los muertos se encuentran en un estado de inconsciencia, que él compara con el sueño. En Juan 11:1-46 tenemos un relato maravillosamente revelador de la enfermedad, la muerte y el despertar de Lázaro, un querido amigo de Jesús. Marta y María, hermanas de Lázaro, también eran amigas del Maestro, y cuando su hermano enfermó, enviaron un mensaje a Jesús suponiendo que vendría de inmediato en su ayuda.

En lugar de ir inmediatamente al lado de la cama de su amigo Lázaro, Jesús se demoró. Después de que había transcurrido algún tiempo, dijo a sus discípulos: «Nuestro amigo Lázaro duerme; pero yo voy, para despertarlo del sueño». Los discípulos malinterpretaron esto, suponiendo que Jesús se refería al sueño natural. Entonces él dijo claramente: «Lázaro ha muerto». Más tarde, ante la tumba de Lázaro, Jesús se dirigió a este difunto en voz alta diciendo: «Lázaro, sal», y se nos dice que «el que había muerto salió». Aquí no hay ningún indicio de que el «alma» de Lázaro estuviera en un cielo de dicha o en un infierno de tormento. Según el relato,

él dormía en la muerte. Sí, Jesús creía en el «sueño de la muerte».

En el relato del despertar de Lázaro del sueño de la muerte hemos enfatizado el hecho de que la esperanza bíblica de vida más allá de la tumba está en la seguridad de que habrá una resurrección de los muertos, más que en la suposición de que el hombre posee la inmortalidad inherente. El apóstol Pablo está totalmente de acuerdo con esto. En 1 Corintios 15:12-18 concluye que, si no hay la resurrección de los muertos, entonces «los que han dormido en Cristo han perecido».

También en el libro de la Revelación encontramos la misma uniformidad de pensamiento en cuanto a la condición inconsciente de los muertos. Por ejemplo, el revelador dice: «El mar entregó a los muertos que había en él; y la muerte y el infierno entregaron a los muertos que había en ellos». (Revelación 20:13). Dejaremos el tema del infierno para considerarlo más adelante. Baste señalar ahora el hecho de que, según el texto que acabamos de citar, se declara que aquellos que están en el «infierno» bíblico están muertos. Esto significa que no están vivos ni siendo atormentados. El texto también revela que la esperanza de los muertos es que serán sacados del infierno —resucitados a la vida.

En resumen, entonces, la respuesta a la pregunta: «¿Dónde están los muertos?», es que ahora se encuentran en un estado de inconsciencia; que toda esperanza de vida más allá de la tumba se centra en la seguridad bíblica de que, mediante el gran poder

del gran Creador, ejercido por el Cristo divino durante el próximo período del reino, habrá una «resurrección de los muertos, tanto de los justos como de los injustos». Hechos 24:15

La mentira de Satanás

Antes de dejar esta fase del tema, conviene que hagamos una pausa lo suficientemente larga como para llamar la atención sobre el origen de la falsa teoría tan generalmente aceptada tanto en las religiones cristianas como en las no cristianas, de que «no hay muerte». Si la Biblia enseña tan claramente que la muerte es una cruda realidad y el peor enemigo del hombre, ¿de dónde surgió la idea de que es una amiga en el sentido de que no es más que la puerta de entrada a otra vida?

La respuesta a esta pregunta se encuentra en el relato del Génesis sobre la caída del hombre en el pecado y la muerte. Satanás, un e a que actuaba a través de la serpiente, al hablar del asunto con la madre Eva antes de la transgresión que trajo la muerte, dijo: «De ninguna manera moriréis» (Génesis 3:4). Dios dijo que el castigo por la desobediencia sería la muerte: «Ciertamente moriréis» (Génesis 2:17). El testimonio de toda la Biblia es coherente con esta declaración original de lo que constituiría el castigo por el pecado. «La paga del pecado es muerte», declara Pablo. (Romanos 6:23). «El alma que peca, esa morirá», dice Ezequiel (cap. 18:4). En Revelación 20:2,3 se nos da a entender que la «serpiente antigua» que engañó a la madre Eva ha seguido siendo un engañador desde

entonces; y la historia revela que esto es ciertamente cierto. A lo largo de los siglos se han realizado todos los esfuerzos engañosos posibles para reforzar la mentira de Satanás: «De ninguna manera moriréis». Como resultado, casi todos los que hoy en día intentan creer en una existencia futura basan su fe en la suposición de que el hombre posee la inmortalidad inherente. Pero, ¿qué dicen las Escrituras sobre la inmortalidad? El próximo capítulo aborda estos puntos.

CAPÍTULO 2

¿Es el hombre inmortal?

La teoría de la inmortalidad inherente, que alega que cuando lo que llamamos muerte se apodera de un ser humano, este se vuelve más vivo que antes de que ocurriera, se basa en la suposición de que acechando en algún lugar dentro del organismo humano hay un ego o inteligencia esquiva, intangible e invisible llamada «el alma». La afirmación de los teólogos es que esta alma es inmortal o a prueba de muerte; por lo tanto, cuando el cuerpo muere, esta inteligencia interior, o el hombre real, escapa de su prisión de limitaciones humanas y queda libre para disfrutar de la vida para siempre en un plano de existencia mucho más elevado —a menos, por supuesto, que haya sido un alma malvada. En este último caso, según la teología tradicional, el alma debe sufrir agonías indescriptibles en un infierno ardiente de fuego literal; o, en el mejor de los casos, según la teología católica romana, pasar por un largo período en el purgatorio antes de poder disfrutar de la libertad y las bendiciones del cielo.

Las expresiones «alma inmortal» y «alma eterna» se utilizan tan comúnmente en la conversación religiosa que quienes no han investigado dan por sentado que son términos bíblicos. Por esta razón, será una gran sorpresa para muchos descubrir que estas expresiones no se encuentran en absoluto en la Biblia. La inmortalidad tradicional del alma humana es puramente un producto de la imaginación, sin ningún respaldo bíblico.

Las palabras «alma» y su plural, «almas», se utilizan en la Biblia más de quinientas veces, pero en ningún caso se insinúa siquiera la idea de que las almas humanas sean inmortales. Por el contrario, siempre que la Biblia aborda el tema de la muerte en relación con el alma, afirma de manera clara y precisa que el alma, al igual que el cuerpo, está sujeta a la muerte. Por ejemplo, a través del profeta, el Señor dice: «He aquí, todas las almas son mías; como el alma del padre, así también el alma del hijo es mía: el alma que peca, esa morirá». (Ezequiel 18:4). En el Nuevo Testamento leemos las palabras de Jesús: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; más bien, temed a aquel que puede destruir tanto el alma como el cuerpo en el infierno [*Gehenna*]». (Mateo 10:28). Sí, incluso aquellas almas que van al infierno bíblico son destruidas, no atormentadas ni obligadas a sufrir.

La palabra «alma» en el Antiguo Testamento se traduce de la palabra hebrea *nephesh*. El profesor Young afirma en su *Concordancia Analítica de las Escrituras* que esta palabra *nephesh* significa simplemente «animal» o, traducido libremente, aquello que está animado o vivo: un ser sensible. La palabra se utiliza en el Antiguo Testamento en relación tanto con los animales inferiores como con el hombre. En Números 31:28 se aplica a animales como el ganado, los asnos y las ovejas. Por lo tanto, si insistieramos en que la palabra hebrea *nephesh*, traducida como «el alma» en el Antiguo Testamento, significa alma inmortal, entonces estaríamos obligados a concluir que los animales inferiores

también poseen almas inmortales, una conclusión que pocos aceptarían.

La palabra «el alma» en el Nuevo Testamento es una traducción de la palabra griega «*psuche*». Sabemos que esta palabra tiene exactamente el mismo significado que la palabra hebrea «*nephesh*», ya que el apóstol Pedro la utiliza para traducir esta última cuando cita el Salmo 16:10. La cita del apóstol se encuentra en Hechos 2:27 y dice: «Porque no dejarás mi alma [en griego, «*psuche*»; en hebreo, «*nephesh*»] en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción». Pedro nos dice que esta es una profecía sobre la muerte y la resurrección de Jesús, que su alma no fue dejada en el Hades.

En Mateo 26:38 se informa que Jesús dijo: «Mi alma está muy triste, hasta la muerte». Esto está en plena armonía con la declaración profética sobre Jesús que dice que su alma fue «hecha ofrenda por el pecado». Sí, el alma de Jesús murió, y a través de ese gran sacrificio las almas de toda la humanidad son redimidas de la muerte y, en última instancia, serán resucitadas de la condición de muerte.

Otro uso interesante de la palabra griega «*psuche*» [en español, «el alma»] en el Nuevo Testamento se encuentra en Hechos 3:20-23. Aquí tenemos una profecía que describe la obra de restauración, o la resurrección, que llevará a cabo el Mesías tras su segunda venida y el establecimiento de su reino. Se nos dice que entonces «toda alma que no escuche [obedezca] a ese profeta, será destruida de entre el pueblo». Así, tanto el Antiguo

como el Nuevo Testamento enfatizan el hecho de que las almas humanas son mortales, sujetas a la muerte, y que, en última instancia, todas las almas malvadas serán destruidas, no preservadas y atormentadas, como los credos de la Edad Media nos harían creer.

La primera alma humana creada

Observemos con atención el proceso por el cual se creó la primera alma humana, ya que esto nos ayudará a comprender más claramente qué es realmente el alma. El relato bíblico de esto se encuentra en Génesis 2:7, que dice: «Entonces el SEÑOR Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en un alma viviente».

Obsérvese que aquí se muestra que el alma es el resultado, o producto, de una unión del cuerpo, u organismo, con el aliento de vida: «el hombre se convirtió en un ser viviente». Este pasaje no dice, como muchos en el pasado han supuesto erróneamente, que Dios creó al hombre y luego le inyectó un alma; más bien declara que, en la creación, el hombre «se convirtió» en un alma, lo cual es muy diferente.

En primer lugar, según el relato, se formó el organismo, o cuerpo, del hombre —a partir del «polvo de la tierra». Esto concuerda científicamente con los hechos tal como los conocemos hoy, ya que el cuerpo del hombre está compuesto enteramente por los diversos elementos químicos que se encuentran en la tierra. Luego, en este organismo se infundió el «aliento de vida», el poder animador del aire que

respiramos, que es necesario tanto para la vida humana como para la animal. La palabra hebrea traducida aquí como «aliento» es *neshamah*, que, según el profesor Young, significa literalmente «aliento». El hecho de que fuera soplado en las fosas nasales del padre Adán enfatiza que se trataba del aliento. Ciertamente, las fosas nasales parecerían un lugar peculiar para que se ubicara el alma inmortal.

Ahora bien, ¿qué sucedió cuando el aliento de vida fue soplado en las fosas nasales de este primer organismo humano? Simplemente esto: cobró vida —o, como declara el texto, «un alma viviente»—. Visto así, el «alma» es en realidad aquello que resulta de la unión del organismo con las cualidades vivificantes del aliento: el «aliento de vida». Una ilustración sencilla de esto es la luz eléctrica. El organismo de la bombilla, con su vacío interno, filamento, etc., no es la luz; tampoco lo es la electricidad que fluye a través de ese organismo; pero la unión de la bombilla con la electricidad produce la luz. Si se destruye la bombilla (organismo) o se corta la corriente eléctrica (que corresponde al aliento de vida), la luz se apaga; es decir, deja de existir, se extingue.

Lo mismo ocurre con el alma humana. Cuando el cuerpo se ve afectado por una enfermedad o un accidente, hasta el punto de que ya no puede funcionar lo suficientemente bien como para reaccionar a los impulsos que sostienen la vida del aliento vital, el alma, o la vida, del individuo «se apaga», es decir, deja de existir, muere. Del mismo

modo, si por cualquier razón, o de cualquier manera, se impide que el aliento de vida llegue al cuerpo, como en un ahogamiento o en una asfixia, la vida también cesa: el alma muere.

En este sentido, hay que tener presente, por supuesto, que el gran secreto de la vida —cuyas manifestaciones externas podemos comprender hasta cierto punto— está en manos del Creador. Él es el gran Creador, no solo del hombre, sino también de los animales inferiores. Él es para toda la vida en la tierra lo que el sol es para toda la luz natural; es decir, Él es la fuente. No es posible que el hombre forme un organismo, le introduzca algo de la atmósfera terrestre y lo haga vivir. El aire literal es el aliento de vida tanto para los seres humanos como para los animales inferiores, porque es un medio del Creador por el cual, lo que significa que el principio de vida se comunica a todas las criaturas vivientes de la tierra.

Este principio de vida, sin embargo, no es una inteligencia, sino simplemente el poder de Dios por el cual existe toda vida. En Génesis 7:15, 22 se dice que este mismo aliento de vida es una posesión de los animales inferiores.

A medida que continuemos nuestra investigación, descubriremos que la razón por la que la Biblia ofrece una esperanza de vida futura y eterna a los seres humanos que obedecen la ley de Dios es que el Creador se propone seguir impartiendo el principio de vida a ellos, y no porque originalmente haya puesto algo en su organismo que sea a prueba de muerte.

La esperanza de la inmortalidad

Como ya se ha señalado, la expresión «alma inmortal» no se encuentra en absoluto en la Biblia. La palabra «inmortal» se usa solo una vez en toda la Biblia, y en ese único caso se aplica al Señor y no al hombre. Citamos: «Ahora bien, al Rey eterno, inmortal, invisible, al único Dios sabio, sea honor y gloria por los siglos de los siglos». (1 Timoteo 1:17). En 1 Timoteo 6:16 tenemos un pasaje similar al anterior en el que se utiliza la palabra «la inmortalidad». Este texto también habla del Señor, y dice: «El cual solo tiene la inmortalidad, y habita en luz inaccesible; a quien ningún hombre ha visto ni puede ver; al cual sea honra y poder eterno». Estos dos pasajes bíblicos deberían zanjar la cuestión de si el hombre, por naturaleza, es una criatura inmortal.

La palabra «la inmortalidad» se utiliza otras cuatro veces en la Biblia, y en cada caso describe una recompensa condicional e futura para aquellos que en esta vida caminan fielmente tras las huellas del Maestro. Y aquí mismo recalquemos nuevamente el hecho de que no estamos tratando de demostrar que no hay vida futura para los seres humanos, sino más bien que toda esperanza de vida futura, según la Biblia, se basa en el hecho de que habrá la resurrección de los muertos, y no en la suposición de que somos inmortales por naturaleza y, por lo tanto, no podemos morir.

Dejaremos por ahora el tema general de la resurrección, deteniéndonos aquí solo lo suficiente para señalar las cuatro escrituras que se refieren a la

esperanza del cristiano de ser exaltado a la inmortalidad con el Señor. Romanos 2:7 dice: «A aquellos [cristianos] que, mediante la perseverancia en hacer el bien, buscan gloria, honor e la inmortalidad, la vida eterna». Este texto muestra que la inmortalidad no es ahora una posesión del cristiano, sino más bien algo que debe buscarse, «mediante la perseverancia en hacer el bien».

En 1 Corintios 15:53 leemos: «Porque lo corruptible debe revestirse de lo incorruptible, y lo mortal debe revestirse de la inmortalidad». Aquí se nos dice que la «inmortalidad» es una cualidad que, si alguna vez se va a poseer, debe «revestirse». El apóstol dice claramente que ahora somos seres «mortales». El versículo siguiente dice: «Así que, cuando lo corruptible se haya revestido de incorrupción, y lo mortal se haya revestido de la inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido devorada por la victoria».

Solo hay otro texto en la Biblia en el que aparece la palabra «la inmortalidad», y es 2 Timoteo 1:10. Dice lo siguiente: «Pero ahora se ha manifestado por la aparición de nuestro Salvador Jesús, quien ha abolido la muerte y ha traído a la luz la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio». De este pasaje se desprende claramente que nadie antes de la Primera Venida de nuestro Señor tuvo siquiera la oportunidad de luchar por la inmortalidad, como se anima a hacer a la iglesia de la edad evangélica. Además, muestra que toda esperanza de vida e

inmortalidad se centra en Jesús y en su obra redentora.

CAPÍTULO 3

¿Qué hay del infierno?

Una doctrina de la fe cristiana que ha sido muy distorsionada por las supersticiones de la Edad Oscura es la que se refiere al castigo de aquellos que desobedecen la ley divina. Hemos visto que las claras enseñanzas de la Biblia son que «la paga del pecado es muerte». (Romanos 6:23). Hemos descubierto que la definición bíblica de la muerte es un estado de inconsciencia, descrito simbólicamente como sueño. También hemos descubierto que la pena de muerte se aplica al «alma», o ser completo, y no se limita meramente a la desintegración del organismo humano. En vista de estas verdades bíblicas, sencillas pero bien establecidas, muchos se preguntarán, de manera natural y acertada, acerca de la doctrina del tormento eterno para los malvados.

La respuesta a esta aparente dificultad se vuelve obvia cuando nos damos cuenta de que la teoría del tormento eterno es puramente un dogma creado por el hombre y no tiene ningún respaldo en las Sagradas Escrituras. Es cierto que la Biblia habla mucho sobre el infierno, e incluso la expresión «fuego del infierno» se encuentra en el registro sagrado; sin embargo, al investigarlo, se descubre que el infierno bíblico no es en absoluto un lugar de tormento, sino simplemente la condición de los muertos; y esa condición, hemos descubierto, es de inconsciencia.

Todos saben, por supuesto, que todas las traducciones de la Biblia provienen de los manuscritos hebreos del Antiguo Testamento y de los

manuscritos griegos del Nuevo Testamento. Por lo tanto, para tener una base factual definida sobre la que fundamentar conclusiones acerca de este importante asunto relacionado con el propósito y el plan divinos, es necesario consultar a autoridades en las lenguas hebrea y griega en cuanto al significado real de las diversas palabras antiguas que se traducen como «infierno». Al hacerlo, se nos abre de inmediato un torrente de información sorprendente.

Encontramos, por ejemplo, que solo hay una palabra hebrea en todo el Antiguo Testamento que se traduce como «infierno», y esa palabra es «*sheol*». Esta palabra aparece, en total, 65 veces. A veces se traduce como «tumba», otras como «infierno» y otras como «abismo». El Dr. James Strong, profesor de hebreo y griego, define «*sheol*» como «el mundo de los muertos». Pero para llegar a una conclusión definitiva sobre la condición exacta que existe en este «mundo de los muertos», es necesario consultar la Biblia misma.

La palabra hebrea «*sheol*» aparece en Eclesiastés 9:10, donde se traduce como «tumba». Citamos: «Todo lo que tu mano encuentre para hacer, hazlo con todas tus fuerzas; porque en la tumba [*sheol*], adonde vas, no hay obra, ni proyecto, ni conocimiento, ni sabiduría». Esta es la definición inspirada de la palabra hebrea «*sheol*» —la única palabra traducida como infierno en el Antiguo Testamento—. Deja claro que este «mundo de los muertos» es un mundo silencioso y dormido, en el que no hay conocimiento ni conciencia. Durante cuatro mil años, desde la creación de Adán hasta la

Primera Venida de Jesús, Jehová no empleó otra palabra que esta para describir la condición de los muertos. Si la tortura eterna es el castigo por el pecado, ¿no habría sido muy cruel e injusto mantener a la gente en la ignorancia al respecto durante un período tan largo?

El buen profeta Job sabía que el «seol» era un estado de inconsciencia comparable al sueño, y por esta razón, cuando sufría tan intensamente, tanto mental como físicamente, le pidió al Señor que lo dejara descender a ese estado. Sí, Job oró para ir al infierno bíblico. Su oración dice: «¡Ojalá me escondieras en la tumba [seol], que me mantuvieras en secreto, hasta que pase tu ira, que me fijaras un tiempo determinado y te acordaras de mí!». Obsérvese que Job quería ir al «seol» para escapar de la ira de Dios. ¡Qué diferente es esto de la teoría del credo de que el infierno es el lugar donde Dios descarga su ira con mayor rencor sobre todos los que van allí! Otro punto a destacar aquí es que Job era un siervo fiel del Señor, y sin embargo esperaba ir al infierno bíblico cuando muriera. ¿Qué puede significar esto?

Un examen cuidadoso de todos los textos del Antiguo Testamento en los que aparece la palabra «seol» revelará que este «mundo de los muertos» es una condición a la que van tanto los buenos como los malos, los santos y los pecadores, al morir. Sin embargo, no es necesariamente una condición permanente de muerte. De hecho, Job no esperaba permanecer en la muerte, por lo que, al concluir su oración, le pidió al Señor que se acordara de él

llamándolo desde el «*seol*». Plantea la pregunta: «Si un hombre muere, ¿volverá a vivir?», y luego responde a su propia pregunta afirmando su esperanza en la resurrección, diciendo: «Tú me llamarás, y yo te responderé; tendrás deseo de la obra de tus manos». Job 14:13-15

Solo una vez en el Antiguo Testamento se asocia la idea del dolor con la palabra «infierno», y es en el Salmo 116:3, donde se lee: «Me rodearon los dolores de la muerte, y me sobrevinieron los dolores del infierno [*sheol*]». David es quien habla en este pasaje, y aunque en ocasiones había cedido a la tentación, sin embargo, debido a la lealtad de su corazón hacia su Creador, se decía que era un hombre «según el corazón de Dios». (Hechos 13:22). Ciertamente, alguien así no sería un candidato adecuado para sufrir las torturas de un infierno doctrinal. ¿Qué quiere decir, entonces, cuando dice: «Los dolores del infierno se apoderaron de mí»?

El significado de las palabras de David en este texto se hace evidente cuando tomamos en cuenta el contexto. Él está contando cómo el Señor lo libró de la muerte, a pesar de que estaba tan enfermo que estaba a punto de morir. Los «dolores del infierno» a los que se refiere son claramente los dolores y sufrimientos inherentes al proceso de morir: la enfermedad que finalmente resultó en la muerte del profeta, aunque por un tiempo fue librado de ella. Desde este punto de vista, podemos ver que todo el sufrimiento en el mundo que finalmente conduce a la muerte podría considerarse propiamente como los

«dolores del infierno», porque desemboca en la condición de muerte, el «seol», el infierno bíblico.

El infierno en el Nuevo Testamento

La palabra griega *hades* se utiliza en el Nuevo Testamento para traducir la palabra hebrea «seol» cuando se cita el Antiguo Testamento. Un ejemplo interesante de esto es Hechos 2:27, que dice: «Porque no dejarás mi alma en el infierno [*hades*], ni permitirás que tu Santo vea corrupción». Estas palabras son una cita del Salmo 16, donde, según el testimonio inspirado del apóstol Pedro, el profeta David predijo la muerte y la resurrección de Jesús. En esta profecía, David utiliza la palabra hebrea «sheol», y al traducirla, el apóstol utiliza la palabra griega *hades*. De esto sabemos que «*hades*» del Nuevo Testamento tiene el mismo significado que «sheol» del Antiguo Testamento. En la medida en que el profeta en Eclesiastés 9:10 define «sheol» como una condición de inconsciencia, no parece haber lugar para la duda en cuanto al significado neotestamentario de la palabra «infierno».

La profecía de David en el Salmo 16:10, que, como se señaló anteriormente, Pedro interpreta como una referencia a la muerte y la resurrección de Jesús, es especialmente interesante porque sitúa a Jesús en el infierno bíblico durante el tiempo en que estuvo muerto. Por lo tanto, es evidente que el infierno bíblico no es el tipo de lugar que la teología de la Edad Media ha representado; pues, sin duda, no podríamos pensar que Jesús hubiera ido a un lugar de tortura. Pero, cuando recordamos que el infierno

bíblico es el estado o la condición de la muerte, podemos ver por qué era necesario que Jesús fuera al infierno. La Biblia deja claro que Jesús, en su obra redentora para la humanidad, tomó el lugar del pecador en la muerte, que se convirtió en el rescate, o precio correspondiente, por los pecados del mundo. Al hacer esto, probó «la muerte por todos», por lo tanto, entró en la condición de muerte, el infierno bíblico. — Isaías 53:3-10; 1 Timoteo 2:3-6; Hebreos 2:9

Regresar del infierno

Para estar plenamente seguros de que el infierno bíblico no es un lugar de tortura eterna, como la teología tradicional nos quiere hacer creer, veamos Revelación 20:13 y 14. En este pasaje, la palabra griega *hades*, traducida como «infierno» (), se utiliza en la Biblia por última vez. Citando: «El mar entregó a los muertos que había en él; y la muerte y el infierno [*hades*] entregaron a los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el infierno [*hades*] fueron arrojados al lago de fuego. Esta es la segunda muerte».

Al estudiar el pasaje anterior, se hacen evidentes tres hechos destacados: Primero, que el infierno bíblico no es necesariamente una morada permanente ni para los malvados ni para los justos, pues se dice que entrega a sus muertos. Segundo, que el infierno bíblico no es el lago de fuego. Tercero, que aquellos de quienes aquí se dice que han estado en el infierno estaban muertos mientras estaban allí,

y no vivos sufriendo las supuestas agonías del abismo de la Edad Oscura de los condenados.

Como ya se ha señalado, esta es la última mención del infierno en la Biblia, y aquí lo encontramos descrito como un lugar o condición, completamente despojado de sus habitantes, y luego quemado o destruido en un lago de fuego simbólico. El fuego es uno de los elementos más destructivos conocidos por la ciencia, y aquí es empleado por el Señor para representar, o simbolizar, el hecho de que el Hades, la condición de muerte que resultó de la transgresión de nuestros primeros padres en el Edén, finalmente será destruido. 1 Corintios 15:26

Las llaves del infierno

En Revelación 1:18, el propio Jesús nos señala la posibilidad de que el infierno deba, en última instancia, entregar a sus muertos, con las siguientes palabras: «Yo soy el que vive y estuve muerto; y he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén; y tengo las llaves del infierno y de la muerte e ». Las llaves se utilizan para abrir puertas o portones. Jesús adquirió estas llaves simbólicas del infierno y de la muerte mediante su propia muerte. Esto le da la autoridad divina para abrir la gran prisión de la muerte y liberar a sus cautivos; y en el pasaje que declara que «la muerte y el infierno entregaron a los muertos que había en ellos», esto es exactamente lo que se muestra que está ocurriendo.

El apóstol Pablo también señala en Romanos 14:9 que Jesús posee ahora el derecho divino de resucitar a los muertos, donde dice: «Para esto murió, resucitó

y volvió a la vida Cristo, a fin de ser Señor tanto de los muertos como de los vivos». Como Señor de los muertos, ha prometido usar su autoridad y poder oficiales, las «llaves del infierno», para devolver la vida al mundo. Este es el significado de las propias palabras del Maestro, tal como se registran en Juan 5:28, 29: «No os maravilléis de esto, porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán; los que hicieron lo bueno, a la resurrección de vida; y los que hicieron lo malo, a la resurrección de juicio».

A esta evacuación del mundo de los muertos del «seol», o *hades*, le seguirá, como se indica en Revelación 20:14, la destrucción del infierno. Esto no era una idea nueva para los escritores del Nuevo Testamento, pues había sido profetizado mucho antes en el Antiguo Testamento. A través del profeta Oseas, el Señor dice: «Los rescataré del poder de la tumba; los redimiré de la muerte: Oh muerte, seré tu plaga; oh tumba [*seol*], seré tu destrucción; el arrepentimiento será ocultado de mis ojos». (Oseas 13:14). Observe la bendita seguridad que se da en este pasaje: «El arrepentimiento será ocultado de mis ojos». Es decir, el Señor había determinado destruir la muerte y el infierno, y esto será sin duda la gloriosa consumación de su amoroso propósito en favor de la raza caída.

El hombre rico en el infierno

Aquellos que insisten en que la palabra griega *hades* en el Nuevo Testamento significa un lugar de tormento sin fin, en lugar de una condición de

inconsciencia en la muerte, como la Biblia enseña tan claramente, citan la parábola del hombre rico y Lázaro para probar su argumento. Es cierto, por supuesto, que la palabra «infierno» en la parábola es una traducción de *hades*; pero un examen cuidadoso e imparcial del relato mostrará que no puede utilizarse de manera coherente para demostrar que las personas buenas van a un lugar de felicidad cuando mueren, mientras que las personas malvadas son enviadas a un lugar de tortura.

El profesor Benjamin Wilson, autor de la traducción *Emphatic Diaglott* del Nuevo Testamento, sabiendo que *hades* no significa un lugar de tormento, se sintió desconcertado al tratar de entender la manera en que se usa en la parábola, por lo que presenta una nota al pie en la que ofrece evidencia de que toda la parábola podría ser una interpolación y no formar parte en absoluto de los escritos sagrados. No podemos decir si esto es cierto; sin embargo, cuando se considera el relato a la luz de que se trata de la parábola y no de una exposición de hechos literales, no parece haber necesidad de dudar de su autenticidad. Para que tengamos claros los detalles de la parábola, sugerimos una relectura cuidadosa del relato tal como se encuentra en Lucas 16:19-31.

Extraño, si se toma al pie de la letra

Según la teología de la Edad Media, se supone que la parábola enseña que todas las personas buenas que creen en Cristo van al cielo cuando mueren, y que todas las personas malvadas que no aceptan a Cristo en esta vida van a un lugar de tortura

eterna al morir. Sin embargo, por extraño que parezca, un análisis minucioso de la parábola indica que no se dice nada en absoluto sobre personas buenas o malvadas; tampoco se dice nada sobre el cielo. Todo lo que se dice del hombre supuestamente virtuoso de la parábola es que era pobre y estaba cubierto de llagas, que comía las migajas que caían de la mesa del hombre rico y que los perros lamían sus llagas. Del hombre rico solo se relata que vivía suntuosamente, vestía ropas finas y permitía que el pobre se acostara a la puerta de su casa.

Tampoco, según la parábola, el mendigo enfermo fue al cielo cuando murió, sino que fue llevado por los ángeles al «seno de Abraham». Si esto es una afirmación de un hecho literal, excluiría la posibilidad de que cualquier otra persona fuera bendecida con una recompensa similar al morir, porque no habría espacio para más de un mendigo enfermo en el seno de Abraham. Por otro lado, si se entiende que el seno de Abraham es un símbolo del cielo, y el mendigo representa a aquellos que están calificados para el cielo, entonces la única esperanza para cualquiera de nosotros es convertirnos en mendigos pobres llenos de llagas antes de morir —sí, y que los perros nos laman las llagas.

Hay muchas otras inconsistencias en la parábola si se analiza a la luz de la teología tradicional. De hecho, no hay ni un solo elemento en ella que esté en armonía con la teoría de que los creyentes cristianos van al cielo cuando mueren, mientras que los no creyentes van a un lugar de tormento. El único punto del relato que los teólogos han aprovechado

para reforzar el dogma de la tortura, que deshonra a Dios, es que se dice que el hombre rico está rodeado de llamas atormentadoras después de su muerte. Pero, ¿qué pudo haber querido decir Jesús con este extraño relato?

Ya nos hemos referido a este pasaje de las Escrituras como la parábola. En esta idea reside la clave de su verdadero significado. En una parábola, lo que se dice no debe entenderse de manera literal. Quizás no podamos determinar de manera dogmática qué pretendía enseñar Jesús con la parábola, pero la importancia que se le da a «padre Abraham» parece indicar que tiene que ver de alguna manera con las experiencias de la descendencia natural de Abraham, ya que eran ellos quienes, en los días de Jesús, llamaban a Abraham su padre. (Mateo 3:9; Juan 8:33, 39; Romanos 4:1). Por lo tanto, parece razonable concluir que el hombre rico de la parábola pretende ilustrar a la nación judía. Este no es un simbolismo poco común, ya que incluso hoy en día tenemos al «Tío Sam» para tipificar a los Estados Unidos.

La nación judía era una nación real a los ojos de Dios, elegida por él como el canal a través del cual sus bendiciones prometidas fluirían a todas las demás naciones. Esta posición real de la descendencia natural de Abraham estaba representada en la parábola por la ropa púrpura del hombre rico. También vestía de lino fino, lo cual ilustraba la justicia típica que les fue dada a los judíos debido a su esfuerzo por guardar la Ley mosaica, y a través de los sacrificios e es de los servicios del

Tabernáculo. En virtud de todas las ricas promesas que se les hicieron, vivían suntuosamente todos los días, tal como lo afirma la parábola. De hecho, fueron las ricas bendiciones del Señor para ellos las que resultaron ser su tropiezo. Pablo, citando el Salmo 69:22, dice: «Que su mesa se convierta en una trampa, en un lazo, en un tropiezo y en una recompensa para ellos». Romanos 11:9

El mendigo de la parábola parece ser una ilustración adecuada de los gentiles en la época de la Primera Venida de Jesús. Desde el punto de vista del favor de Dios, eran en verdad pobres. Todas las promesas habían sido hechas a los judíos y a través de los judíos. Cualquier gentil hasta ese momento que deseara las bendiciones del Dios verdadero debía convertirse en judío haciéndose prosélito. Para los judíos, los gentiles eran «perros», indignos de cualquier consideración especial.

La situación tanto de los judíos como de los gentiles cambió enormemente poco después de la crucifixión y la resurrección de Jesús. Los judíos habían rechazado y crucificado a su Mesías y, como resultado, fueron apartados del favor divino. En este sentido de la palabra, murieron. Perdieron su lugar de favor principal ante el Señor y, como nación, cayeron en el olvido. Pero como pueblo han seguido viviendo; y desde ese día hasta ahora las llamas de la persecución los han envuelto casi constantemente.

El mendigo también murió; es decir, los gentiles dejaron de ser un pueblo totalmente ignorado por Dios, sino que, en cambio, se les extendió el favor

divino, y todos los que creyeron fueron llevados, simbólicamente hablando, al seno de un Abra . Se convirtieron en herederos de las promesas hechas a Abraham y a través de él. A este respecto, Pablo dice: «La Escritura, previendo que Dios justificaría a los paganos [gentiles] por la fe, anunció de antemano el Evangelio a Abraham». (Gálatas 3:8). Si bien a lo largo de la edad evangélica ha sido posible que judíos individuales se convirtieran en cristianos y, por lo tanto, en hijos espirituales de Abraham, la providencia divina ha dispuesto el asunto de tal manera que los gentiles se han convertido en los destinatarios especiales de su favor en este sentido; ellos han ocupado el lugar de mayor favor, como lo ilustra el «seno de Abraham».

Así como el hombre rico de la parábola le pidió a Abraham que enviara a Lázaro con una gota de agua para refrescar su lengua —para aliviar su sufrimiento—, ¡así también, más de una vez a lo largo de la era, los judíos como pueblo han implorado a Dios que les enviara un poco de alivio a través de fuentes cristianas! Pero las penurias y las persecuciones han continuado. De hecho, ha existido un gran abismo entre los judíos y los gentiles espiritualmente favorecidos durante todo este largo período —un abismo que ha sido imposible de salvar. Sin embargo, nada en la parábola indica que este tormento del hombre rico fuera a durar para siempre. Otras Escrituras muestran claramente que ha llegado el momento en que la nación judía será restaurada a su antiguo lugar de favor divino como la descendencia natural de Abraham.

Otro punto interesante de la parábola es que se decía que los «cinco hermanos» mencionados por el hombre rico también tenían a Abraham como padre. Cuando la nación fue liberada de su cautiverio en Babilonia, en virtud de un decreto del rey Ciro de Persia, 500 años antes de la Primera Venida de nuestro Señor, los que regresaron a Palestina eran en su mayoría de dos tribus, aunque regresaron algunos de todas las tribus. (2 Crónicas 36:20-23; Esdras 2:1). Si este hombre rico representaba a las dos tribus, entonces las otras diez tribus, la mayoría de las cuales no tuvieron la oportunidad de entrar en contacto directo con las enseñanzas del Mesías en su Primera Venida, pueden estar debidamente representadas por los cinco hermanos.

Visto así, se descubre que cada detalle de la parábola está en armonía con la Biblia, así como con los hechos históricos; mientras que si nos proponemos pensar en ella como una declaración literal destinada a mostrar las recompensas finales de los justos, resulta sumamente inconsistente y absurda. No solo eso, sino que significaría que la Biblia es contradictoria y poco confiable porque, como ya hemos visto, se afirma específicamente que el «seol» en el Antiguo Testamento y *el hades* en el Nuevo Testamento son condiciones en las que no hay conocimiento, mientras que en la parábola se dice que hay tormento en *el hades*. Todo queda claro cuando nos damos cuenta de que aquí se hace referencia a la muerte nacional, mientras que el pueblo de la nación sigue viviendo y siendo perseguido.

Gusanos que no mueren - Fuego inextinguible

Mientras que «seol» es la única palabra del Antiguo Testamento traducida como «infierno», *hades*, su equivalente griego, no es la única palabra traducida como «infierno» en el Nuevo Testamento. Justo a las afueras de la antigua Jerusalén había un valle en el que se quemaban los cadáveres y otros desechos de la ciudad; y se dice que se utilizaba azufre como ayuda en esta labor de destrucción, probablemente como desinfectante. Este lugar se llamaba en hebreo el « » (Valle de Hinom); y los griegos lo llamaban «Gehenna». Así que esta palabra griega, «*Gehenna*», se usa algunas veces en el Nuevo Testamento y a menudo se traduce como «infierno». Se dice que los cadáveres de ciertos criminales considerados por los judíos como indignos de la resurrección eran arrojados a la Gehenna; de ahí que Jesús emplee esta palabra para describir una condición de destrucción eterna a la que, en última instancia, deben ir los pecadores totalmente obstinados.

Esta palabra, «*Gehenna*», se traduce como «infierno» en Marcos 9:43-48, donde se lee lo siguiente: «Si tu mano te hace pecar, córtatela; mejor es para ti entrar en la vida cojo, que tener las dos manos e ir al infierno, al fuego que nunca se apagará, donde el gusano no muere y el fuego no se apaga. Y si tu pie te hace pecar, córtatelo; mejor es que entres en la vida con un solo pie, que tener dos pies y ser arrojado al infierno, al fuego que nunca se apagará; donde el gusano no muere, y el fuego no se apaga.

Y si tu ojo te ofende, sácatelo: mejor es para ti entrar en el reino de Dios con un solo ojo, que tener dos ojos y ser arrojado al fuego del infierno, donde el gusano no muere y el fuego no se apaga».

En cada caso del pasaje anterior, la palabra «infierno» es una traducción de la palabra griega *Gehenna* y, por lo tanto, es claramente una alusión al significado simbólico de los efectos destructivos de los fuegos que ardían continuamente en el valle de Hinom. El cuadro completo es de destrucción más que de tormento. Incluso la mención de los gusanos que no mueren intensifica este cuadro de destrucción, ya que estos gusanos son, sin duda, aquellos que infestan todos los cadáveres. Los traductores de este pasaje, por supuesto, creían en la teoría del tormento eterno e hicieron todo lo posible por ofrecernos una traducción que aparentemente respaldara sus supersticiones. De ahí que el fuego «inapagable» y los «gusanos que no mueren» den al texto una apariencia que convence a algunos de que el tormento eterno en un infierno de fuego debe ser, en efecto, el destino de los malvados.

Sin embargo, si usamos el sentido común, veremos que el pasaje no presenta ningún problema de este tipo. Cualquier fuego que consuma por completo lo que se está quemando se llama propiamente fuego inextinguible. Un fuego que sigue ardiendo hasta que se consume todo el material combustible a su alcance es un fuego que no se apaga, pero no es un fuego eterno. Así pues, Jesús estaba ilustrando aquí el hecho de que los pecadores no podrían escapar del castigo completo del pecado,

que es la muerte o la destrucción; que los fuegos de la destrucción no se apagarán. Además, que en caso de que el fuego simbólico no completara por cualquier motivo la obra de destrucción, lo harían los «gusanos» siempre presentes. Por lo tanto, desde todos los puntos de vista podemos ver que el Maestro estaba utilizando aquí un símbolo de destrucción, lo cual corrobora nuevamente el testimonio unánime de las Escrituras de que «la paga del pecado es muerte». Romanos 6:23

El resto de este pasaje de las Escrituras también es simbólico. Los ojos, las manos y los pies de una persona son muy apreciados debido a su utilidad, y la sugerencia de Jesús de que el cristiano se desprenda de ellos antes que perder la vida eterna es simplemente otra forma de decir que debemos estar dispuestos a hacer cualquier tipo de sacrificio en esta vida antes que poner en peligro nuestra existencia eterna.

La primera aplicación del pasaje evidentemente es solo para los cristianos —aquellos que han hecho un pacto de seguir los pasos de Jesús—, aunque el mismo principio se aplicará a los malvados obstinados durante el Milenio. Los cristianos están ahora en juicio por la vida, y la manera más segura de obtener la victoria es mediante el sacrificio de todo en el servicio divino.

Isaías 66:24 describe la destrucción de los pecadores obstinados durante la era milenaria en un lenguaje similar al utilizado por el Maestro. Es posible que Jesús estuviera citando este pasaje, aplicando el

simbolismo de la destrucción a aquellos que ahora están en juicio por la vida. Citando: «Saldrán y verán los cadáveres de los hombres que han transgredido contra mí; porque su gusano no morirá, ni se apagará su fuego; y serán aborrecimiento para toda carne».

El humo de su tormento

Revelación 14:10, 11 se cita a veces como prueba de la doctrina del tormento. Esta parte de las Escrituras dice lo siguiente: «Este beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vertido sin mezcla en la copa de su ira; y será atormentado con fuego y azufre en presencia de los santos ángeles y en presencia del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos; y no tienen descanso ni de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre».

Si el Señor pretende que el pasaje anterior sea una declaración literal de los hechos, entonces no hay muchos en el mundo de la humanidad que deban preocuparse especialmente por ello, pues se dice que el tormento recaerá sobre aquellos que adoren a la bestia o a la imagen de la bestia. Si bien algunos en tierras paganas han adorado a bestias, pocos, si es que alguno, han adorado jamás a la bestia literal como la que aquí se describe: la bestia parecida a un leopardo, con patas de oso, boca de león, y con siete cabezas y diez cuernos (Revelación 13:1, 2). El pasaje resulta aún más desconcertante desde un punto de vista literal cuando observamos que el tormento tiene lugar en presencia de los santos ángeles, lo que fácilmente podría interpretarse como

en el cielo. Sin duda, tal condición de las cosas en el cielo haría de ese lugar un sitio totalmente diferente de lo que muchos han pensado que es.

El Libro de la Revelación está lleno de símbolos, y este pasaje no es una excepción a la regla. La «bestia» aquí es evidentemente un falso sistema religioso-político que exige la adoración de los hombres; y la idea presentada simbólicamente es que aquellos que profesan seguir al Cordero y adorar al Dios verdadero, pero que en cambio prestan lealtad a esta bestia, serán sometidos a tribulaciones de diversa índole, participando de los sufrimientos que vendrán sobre todos los sistemas falsos durante el gran «tiempo de angustia» con el que finalmente terminará esta era. No hay nada en este pasaje que indique que el tormento tenga lugar después de la muerte.

El «humo» de sus tormentos es, evidentemente, una forma simbólica de decir que la evidencia, o el recuerdo, de sus tormentos seguirá siendo para siempre un recordatorio del resultado de adorar a cualquier cosa o a cualquier persona que no sea el Dios verdadero. Independientemente de lo que puedan significar todos los detalles de este pasaje, lo cierto es que no puede utilizarse de manera coherente para demostrar la teoría de la Edad Media sobre el tormento eterno de los malvados.

Cómo será atormentado Satanás

Algunos, en su intento por «demostrar» la doctrina del tormento eterno, se han aferrado a la declaración de Revelación 20:10, alegando que respalda la teoría

del tormento. Citamos: «Y el diablo que los engañaba fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde están la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos». Ya hemos visto que la Biblia hace una clara distinción entre el «lago de fuego» y el «infierno», o *hades*, en el sentido de que se dice que este último es arrojado al primero. (Revelación 20:14). Este «tormento» que se dice que vendrá sobre Satanás está evidentemente limitado a él y no podría aplicarse a aquellos que son liberados del infierno, y de quienes se dice que sus «lágrimas serán enjugadas». Revelación 21:4

¿Cómo, entonces, será atormentado Satanás? ¿Es aplicable a él la teoría de la Edad Oscura si no lo es a nadie más? No lo creemos así. La palabra griega traducida aquí como «atormentado» proviene, según el profesor Strong, de la palabra griega «basanos», cuyo significado literal él da como «piedra de prueba». La misma palabra se traduce como «atormentado» en 2 Pedro 2:8, donde se nos habla del efecto de las malas obras de los sodomitas sobre el alma del justo Lot. La idea en el caso de Lot es evidentemente que él aprendía a diario, por comparación, los terribles resultados de una vida de impiedad.

Para comprender correctamente cómo será «atormentado» el diablo, es útil considerar la profecía de Isaías 14:15-17 sobre el « ». Citaremos: «Pero serás derribado al infierno [seo/], a los lados del abismo. Los que te vean te mirarán fijamente y te considerarán, diciendo: ¿Es este el hombre que hizo temblar la tierra, que sacudió los reinos; que convirtió

el mundo en un desierto y destruyó sus ciudades; que no abrió la casa de sus prisioneros [de la muerte]?»

Al comparar esta profecía relativa a la destrucción de Satanás con la declaración del Revelador acerca de su «tormento», parece claro que el diablo se convertirá en un ejemplo eterno de los terribles resultados de un curso de rebelión contra Dios, y que a lo largo de las edades de la eternidad los salvados de la humanidad continuarán burlándose de él. No es que el diablo mismo sea consciente de la burla de la que es objeto. Esto no sería necesario en el sentido del texto. Por ejemplo, en nuestra propia forma de hablar, a veces oímos decir de alguien que era malquerido en su comunidad: «Ahora que el hombre ha muerto, dejémoslo descansar, pues no se logra nada con seguir hablando de él».

En realidad, por supuesto, nada de lo que podamos decir o hacer afectaría de ninguna manera a alguien que ha muerto, así como la ignominia eterna que se amontonará sobre Satanás no lo afectará cuando finalmente sea destruido en el lago de fuego; sin embargo, la gente no lo dejará descansar; continuarán presentándolo como un ejemplo de los terribles resultados de un curso malvado y egoísta. Así, se verá que el permiso divino del mal resulta en una bendición eterna para todos los dispuestos y obedientes de la familia humana, siendo el criterio por el cual todos podrán discernir inteligentemente entre el bien y el mal. Sin duda, la mayoría elegirá el bien.

CAPÍTULO 4

Los espíritus y el espiritismo espiritual

«Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios. Fue muerto en el cuerpo, pero vivificado en el Espíritu. Y habiendo sido vivificado, fue y predicó a los espíritus encarcelados, a los que en otro tiempo fueron desobedientes, cuando Dios esperaba pacientemente en los días de Noé, mientras se construía el arca; en la cual pocas personas, ocho en total, fueron salvadas por medio del agua». 1 Pedro 3:18-20

Que la verdad de la Palabra de Dios no puede entenderse ni apreciarse adecuadamente si no se considera su testimonio completo sobre un tema determinado queda bien ilustrado por sus diversas declaraciones relativas a la condición y el paradero de Jesús durante el intervalo entre su muerte y la resurrección.

En una profecía del Antiguo Testamento sobre Jesús, citada por el apóstol Pedro y aplicada por él a la muerte y la resurrección del maestro, se dice que Jesús estuvo en el infierno. (Salmo 16:10; Hechos 2:27-32). A causa de una interpretación errónea de lo que el propio Jesús le dijo al ladrón en la cruz, muchos han llegado a creer que él fue al «paraíso» en el momento en que murió; y, a partir de una lectura superficial de nuestro texto actual, que fue a algún lugar a predicar a los «espíritus en prisión».

En una discusión anterior aprendimos que el infierno bíblico es la condición de la muerte; que «seol» en el Antiguo Testamento y «hades» en el Nuevo Testamento son palabras e es que describen una condición de inconsciencia total. (Eclesiastés 9:10). Puesto que Jesús murió como el rescate, o sustituto, por el padre Adán y su raza, ocupando así el lugar del pecador, era necesario que entrara en esta condición de muerte, el infierno bíblico.

«Se le asignó sepultura entre los impíos», declaró el profeta refiriéndose a Jesús (Isaías 53:9). Es en consonancia con este hecho fundamental de la verdad bíblica que debemos buscar comprender todo lo que la Palabra sagrada pueda decir sobre el paradero de Jesús entre el momento de su muerte en la cruz y su resurrección de entre los muertos al tercer día.

Para entender claramente cómo fue posible que Jesús predicara a los «espíritus en prisión» en un momento en que otras escrituras muestran que estaba inconsciente en la muerte, es necesario determinar primero quiénes eran los «espíritus» a quienes predicó. Es esta información la que Pedro nos da en las palabras: «aquellos que fueron desobedientes hace mucho tiempo, cuando Dios esperaba pacientemente en los días de Noé».

Así que fue y predicó a los espíritus en prisión: aquellos que desobedecieron a Dios hace mucho tiempo, cuando Dios esperaba pacientemente mientras Noé construía su arca.

En su segunda epístola, Pedro nos proporciona una identificación aún más definida de los «espíritus», diciendo: «Si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno y los entregó a cadenas de oscuridad, para ser reservados para el juicio; y no perdonó al mundo antiguo, sino que perdonó a Noé, la octava persona, un predicador de la justicia, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos». 2 Pedro 2:4,5

De la cita anterior se desprende que los «espíritus» a quienes Jesús predicó eran un cierto grupo de «ángeles» que habían sido desobedientes a Dios en el tiempo del diluvio. El apóstol Judas también menciona a estos mismos seres, de manera similar, refiriéndose a ellos como «ángeles» y describiendo su pecado especial como el de «no haber guardado su primer estado». Judas también explica, al igual que Pedro, que estos «ángeles» están ahora encarcelados, y añade que se encuentran en «cadenas de oscuridad», esperando el juicio del gran día. Judas 6

Estos «espíritus en prisión», entonces, no son los «espíritus» o «fantasmas» de seres humanos que han muerto, sino criaturas espirituales en el plano angelical de la existencia. Esta es una verdad importante que siempre hay que tener presente.

Entendemos que el plano terrenal de la creación de Dios es visible y comprensible para nosotros; hay varios niveles de existencia, desde la forma más baja de vida «unicelular» hasta el hombre, quien en su perfección era el rey de este dominio material o

terrenal. Las Escrituras muestran que esta misma variedad en la creación divina se extiende a un reino superior, mucho más allá de lo que es visible para nosotros, que por encima del hombre, la más elevada de las criaturas terrenales de Dios, existe un mundo del espíritu; y que en este mundo del espíritu, al igual que en el natural, hay diversos órdenes de seres, tales como ángeles, querubines, etc.

En cuanto al hombre, el salmista declara: «Lo hiciste un poco menor que los ángeles». (Salmo 8:5). Cuando Jesús vino a la tierra para morir como el redentor del hombre, se «hizo carne», y como hombre murió; pero al ser resucitado fue altamente exaltado «muy por encima de todo principado, y potestad, y poder, y señorío, y de todo nombre que se nombra, no solo en este mundo, sino también en el venidero». (Efesios 1:21). Así, las Escrituras señalan una clara línea de demarcación entre los planos de existencia terrenal y del espíritu.

La Biblia indica que en la actualidad hay ángeles tanto santos como impíos; aunque cuando fueron creados, todas estas criaturas espirituales estaban en armonía con Dios y le servían en diversas funciones. De aquellos ángeles que permanecieron en armonía con el Creador, el apóstol dice que ahora son «espíritus ministradores, enviados para servir a favor de los que han de heredar la salvación». Hebreos 1:14

De nuevo: «En cuanto a los ángeles, dice: “A sus ángeles hace espíritus, y a sus ministros, llama de fuego”» (Hebreos 1:7). En cuanto a estos siervos

angelicales de los cristianos, Jesús dijo: «Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos siempre ven el rostro de mi Padre que está en los cielos»- Mateo 18:10

«Ángeles» terrenales y celestiales

El estudioso de las Escrituras no debe confundirse por el hecho de que en la Biblia el término «ángel» se aplique a veces a los seres humanos. La palabra significa literalmente «siervo» o «mensajero», y siempre es necesario determinar a partir del contexto si el pasaje en el que se utiliza se refiere a mensajeros humanos o a mensajeros celestiales o del espíritu.

Por otro lado, las Escrituras indican claramente que hay criaturas del espíritu llamadas «ángeles». Por ejemplo, la noche en que nació Jesús, un «ángel» anunció su nacimiento a los pastores. Que fue un ser del espíritu quien realizó este servicio se desprende de las palabras: «Y de repente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales alabando a Dios y diciendo: “Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres”» (Lucas 2:10-14). Del mismo modo, fue un ser del espíritu quien anunció a María que ella sería la madre de Jesús, y también fue un ser del espíritu quien ministró a Jesús en el jardín de Getsemaní. Jesús se refirió a los seres celestiales cuando dijo que podía pedirle a su Padre y se le proporcionarían más de doce legiones de ángeles

para ayudarlo y protegerlo. Lucas 1:26-38; 22:43; Mateo 26:53

Pero, como ya hemos visto, no todas estas criaturas angelicales permanecieron leales a Jehová, su Creador; algunas de ellas fueron «desobedientes hace mucho tiempo, cuando Dios esperaba pacientemente en los días de Noé». (1 Pedro 3:20). A estos infieles, por uso común, se les ha llegado a llamar «ángeles caídos». Las Escrituras muestran que, como castigo por su rebelión, ahora están retenidos, o encarcelados, en «cadenas de oscuridad».

¿Dónde están los «espíritus»?

En un texto ya citado, el apóstol nos da información muy importante sobre lo que constituye la prisión e e de estos ángeles caídos. Citamos el texto nuevamente: «Si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno y los entregó a cadenas de oscuridad, para ser reservados para el juicio». 2 Pedro 2:4

La palabra «infierno» en el pasaje que acabamos de citar no es una traducción ni de la palabra griega *hades* ni de *Gehenna*. El término que utiliza aquí el apóstol es «tartaroo»; y esta es la única vez que aparece en la Biblia. «Tartaroo» proviene de la palabra griega «tartarus», un término utilizado en la mitología griega como nombre de un abismo oscuro o prisión. En el texto que estamos analizando, la expresión completa «arrojados al infierno» se utiliza para traducir «tartaroo»; por lo tanto, evidentemente la palabra se refiere más a un acto que a un lugar. La

caída de los ángeles que pecaron fue de la honra y la dignidad a la deshonra y la condenación; así que la idea parece ser: «Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los degradó y los entregó a las cadenas de las tinieblas».

Estos ángeles, en su estado original de santidad, eran poderosos, fuertes y honorables. Evidentemente, gozaban de grandes libertades; y en su servicio a Dios y a sus amigos terrenales, probablemente viajaban con frecuencia entre la tierra y otras partes del vasto universo del Creador. Judas dice que estos ángeles «no conservaron su primer estado». Esto arroja luz sobre las palabras de Génesis 6:2, que dicen: «Los hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran hermosas; y tomaron para sí mujeres de entre todas las que eligieron». En otras palabras, el «pecado» de estos ángeles fue, al menos en parte, el de materializarse como seres humanos y entregarse a relaciones ilegítimas con las hijas de los hombres.

En diferentes momentos durante el período histórico cubierto por la Biblia, varios de los mensajeros sagrados, o ángeles, fueron enviados a la tierra para entregar mensajes a los profetas y a otros; y en muchas de estas ocasiones se les permitió materializarse y aparecer como seres humanos. Un ejemplo de esto lo encontramos en la visita de los tres ángeles a Abraham antes del nacimiento de Isaac. (Génesis 18:1-22). Tales materializaciones eran permisibles cuando estaban sancionadas por el Señor, y cuando los ángeles que participaban en ellas no excedían sus privilegios. Los

ángeles que pecaron antes del diluvio «no conservaron su estado original», es decir, prefirieron continuar su asociación con la humanidad como seres humanos.

Habiendo limitado y degradado sus propios poderes mediante una relación ilícita con la raza humana caída, cuán apropiado fue que su castigo fuera el de ser derribados, o humillados, y al mismo tiempo «encadenados en las tinieblas». La idea contenida en el uso de la palabra «prisión», tal como aparece en nuestro texto, es la de la restricción de la libertad; por lo tanto, estos «espíritus» han estado de hecho en «prisión», privados de gran parte de la libertad normal que les correspondía mientras estaban en plena comunión y armonía con el Creador.

Hay mucha evidencia bíblica que respalda la idea de que el lugar de encarcelamiento de estos ángeles caídos es la atmósfera de nuestra tierra, estando su esfera de influencia limitada en gran medida a un contacto indirecto con la familia humana. En los relatos del Evangelio sobre el ministerio de Jesús, encontramos frecuentes menciones de su expulsión de «demonios» o «diablos». Más tarde, los apóstoles tuvieron el privilegio de prestar un servicio similar a personas e es. Aunque los críticos superiores tratan de demostrar que estos casos de «posesión» tratados por Jesús y los apóstoles no eran más que casos de locura o trastornos nerviosos, existe una idea demasiado definida de personalidad asociada a estos «demonios» como para permitir una interpretación tan liberal.

El rey Saúl y la bruja de Endor

No solo en el Nuevo Testamento, sino también en el Antiguo, encontramos evidencia de las actividades limitadas de estos ángeles caídos o «espíritus en prisión». Está, por ejemplo, el caso del rey Saúl y la bruja de Endor. Toda brujería estaba prohibida por la Ley mosaica, pero estos antiguos médiums espirituales persistieron en sus prácticas nefastas a pesar de que se arriesgaban a la muerte. Así como los médiums del espíritu de hoy afirman tener la capacidad de comunicarse con los muertos, es evidente que la bruja de Endor hacía afirmaciones similares. Cuando el rey Saúl, debido a su maldad, perdió el favor de Dios y vio que corría un grave peligro de ser derrotado por sus enemigos, recurrió a la bruja para que se pusiera en contacto con Samuel y viera si el profeta fallecido podía hacer algo por él.

El relato de esta antigua sesión de espiritismo se encuentra registrado en 1 Samuel 28:7-20. Muchos estudiosos de la Biblia, al leer esta historia de la supuesta comunicación de Saúl con el profeta muerto Samuel, han concluido que proporciona una excelente prueba bíblica de que los muertos no están realmente muertos, sino vivos en algún lugar, y que se puede comunicar con ellos bajo ciertas condiciones, especialmente con la ayuda del espíritu. De hecho, a lo largo de los siglos, Satanás ha utilizado este mismo método de engaño en un esfuerzo por desmentir las claras enseñanzas de las Escrituras de que «la paga del pecado es muerte». Al examinar brevemente algunos de los hechos relacionados con la visita de Saúl a la bruja,

discerniremos fácilmente que se podría aplicar una analogía muy similar a las sesiones de espiritismo modernas, y con el mismo resultado. Romanos 6:23

En primer lugar, cabe señalar que, según las propias palabras de Saúl, ya no gozaba del favor de Dios. Le dijo a la adivina: «Dios se ha apartado de mí y ya no me responde, ni por medio de profetas, ni por medio de sueños». Mientras Samuel estuvo vivo, fue un siervo fiel y profeta del Señor y nunca estuvo dispuesto a ir en contra de los deseos del Señor; sin embargo, aquí encontramos a Saúl, quien admitió que Dios no aprobaría la idea, pidiendo a la adivina que obtuviera un mensaje de este fiel profeta.

¿Debemos suponer que, en el caso de que Samuel estuviera vivo, ya sea en el cielo o en algún otro lugar, sería menos obediente al Señor de lo que lo fue mientras estuvo aquí en la tierra? ¿O se supone que debemos creer que esta bruja malvada, condenada por el Señor, tenía el poder de frustrar la voluntad divina, y no solo hacer aparecer a Samuel, sino también sonsacarle un mensaje para consolar a este rey rebelde? Evidentemente, entonces, este relato nos es dado en la Biblia meramente como un registro histórico de acontecimientos importantes en la vida de Saúl, pero sin intención alguna de dar crédito a la afirmación de la bruja de haber visto y hablado con Samuel.

Los métodos utilizados por los espíritus malignos a través de la médium en Endor eran similares a los que se utilizan hoy en día. Hicieron pasar ante la visión mental de la bruja la imagen familiar del

anciano profeta, vestido, como era su costumbre, con un largo manto. Cuando ella describió la imagen mental o «astral», Saúl la reconoció de inmediato como una descripción de Samuel. Pero el propio Saúl no vio nada; él «percibió», a partir de la descripción, que se trataba de Samuel.

Fácilmente convencido, como suele ocurrir con la gente en tales circunstancias, Saúl no se detuvo a preguntarse cómo era posible que Samuel luciera tan viejo y encorvado como cuando estaba vivo en la tierra, si ahora era un espíritu y se encontraba en una situación mucho mejor que antes. Saúl tampoco pensó en preguntar por qué Samuel vestía en el mundo del espíritu el mismo manto viejo que llevaba cuando lo conoció como ser terrenal, sin siquiera detenerse a considerar que el manto del profeta, su cabello canoso, etc., se habían descompuesto hacía mucho tiempo en la tumba. Saúl había sido abandonado por el Señor y ahora era fácilmente engañado por estos «espíritus mentirosos» que se hacían pasar por el profeta y le hablaban a Saúl en su nombre a través de su médium, la bruja.

«¿Por qué me has perturbado para hacerme subir?», representó ella que preguntaba el profeta muerto. En los días del rey Saúl, los israelitas entendían generalmente que los muertos dormían en el «seol», por lo que la pregunta «¿Por qué me has perturbado?» no sonaría extraña. Pero, ¿podemos imaginar por un momento que esta bruja condenada tuviera el poder de resucitar al profeta de entre los muertos? O, si miramos el asunto desde el punto de vista del espiritismo moderno, que Samuel no estaba

muerto en absoluto, sino que se estaba divirtiendo en el mundo del espíritu, ¿no parece extraño que la bruja lo declarara un a que «subía» de la tierra en lugar de «bajar» del cielo?

Desde el punto de vista de la teología moderna, ¡qué absolutamente absurda es la profecía de «Samuel» sobre la derrota y muerte de Saúl en la batalla del día siguiente! Citamos: «Mañana tú y tus hijos estaréis conmigo; el Señor también entregará las huestes de Israel en manos de los filisteos». ¡Imaginen al fiel Samuel y al amado Jonatán juntos en el mundo del espíritu con el malvado rey Saúl! ¿Encaja esto muy bien con la teología del credo de la Edad Media? ¡Por supuesto que no! En última instancia, por supuesto, pero no al día siguiente, todos ellos estaban juntos en la muerte, en el «seol», el infierno bíblico, donde aún esperan la resurrección, cuando todos serán llamados por el Hijo del Hombre; pero no se requirió ningún poder sobrenatural por parte de la bruja para predecir con certeza la inminente derrota y muerte de Saúl. De hecho, Saúl ya lo temía, de ahí su recurso a la bruja.

Charles Wesley estaba evidentemente desconcertado por la forma en que la «médium» de Endor reunía a los buenos y a los malos en la muerte, pues escribió:

¿Qué presagian esas solemnes palabras?

¿Un rayo de esperanza cuando la vida termine?

Tú y tu hijo estaréis sin duda

Mañana en reposo conmigo:

No en un estado de dolor infernal,
si Saúl permanece con Samuel;
No en un estado de desesperación condenada,
si el amoroso Jonatán está allí.

En realidad, por supuesto, Saúl no estaba en comunicación con Samuel en absoluto, sino con uno o más de los «espíritus en prisión» cuya actividad principal desde la época del diluvio ha sido engañar a la humanidad, particularmente con respecto a la condición de los muertos. La mención en las Escrituras de estos nigromantes, brujas y médiums nos lleva a inferir que, a través de los médiums, estos ángeles caídos buscaban comunión con Israel. Pero aparentemente es costumbre que estos médiums cambien su forma de manifestarse de vez en cuando; así como la brujería floreció durante un tiempo en Nueva Inglaterra y Ohio, y en toda Europa, desapareciendo gradualmente y siendo sucedida por el espiritismo, cuyas manifestaciones de golpes y raps también están dando paso gradualmente a la clarividencia y a los intentos de materializaciones. En los días del Señor y de los apóstoles, la operación de estos «espíritus» había cambiado evidentemente del método de la brujería al de la obsesión y la posesión.

La obra moderna de los «espíritus»

Habiendo recibido en su momento el poder de materializarse como hombres, pero abusando de él, estos ángeles caídos parecen seguir empeñados en ejercer sus poderes a través de agentes humanos, ya sea utilizando «médiums» o mediante el control

directo de la mente, como en la obsesión. Es evidente, sin embargo, que la voluntad humana debe consentir esta dominación ajena antes de que estos «espíritus» puedan tomar posesión. Pero cuando toman posesión, aparentemente la voluntad queda tan quebrantada que ya no hay poder de resistencia; de ahí que el servicio de Jesús y los apóstoles fuera tan apreciado por los poseídos por demonios en su época.

Si bien estos seres angelicales caídos pueden cambiar de vez en cuando su método de contactar y engañar a la humanidad, su influencia en general siempre aleja a las personas de Dios y de la verdad de su Palabra. En los tiempos modernos se hace mucho alarde de hablar con los muertos, pero en los miles de intentos que se han realizado —controlados científicamente y de otras formas—, ¿cuál ha sido el resultado total? Es cierto que, gracias a «identificaciones» absurdas como la que la bruja de Endor logró imponer a Saúl, muchos se han convencido de que han estado en contacto con sus amigos y familiares fallecidos, pero ahí ha terminado todo. Nunca se ha obtenido información valiosa a través de fuentes espiritistas.

Cómo Cristo predicó a los espíritus en prisión

Ahora que hemos identificado a estos «espíritus» a quienes, según nos dice Pedro, Jesús predicó, surge la pregunta: ¿cómo se llevó a cabo esta predicación? ¿Cómo pudo Jesús estar en el «seol», o *hades*, donde no hay conciencia, y al mismo tiempo

estar predicando a estos ángeles caídos? La explicación de esta aparente dificultad es sencilla cuando examinamos el pasaje con un poco más de rigor. El apóstol dijo que Jesús «fue y predicó a los espíritus en prisión». Las autoridades griegas coinciden en que las palabras «fue y predicó» se utilizan en el sentido de realizar algo y no en el sentido de ir a algún lugar. En otras palabras, estas dos palabras son una adición e e e innecesaria al texto. En la antigüedad era costumbre utilizar expresiones de este tipo, e incluso hoy en día vemos que a veces se utilizan.

El Dr. Benjamin Wilson, en su *Emphatic Diaglott*, traduce este pasaje de las Escrituras: «Predicó a los espíritus en prisión», omitiendo las dos palabras «fue y», por considerarlas innecesarias para una comprensión adecuada del texto. En la nota al pie de este texto, muestra que otras autoridades están de acuerdo con él en este aspecto. Omitiendo, pues, estas dos palabras innecesarias, el texto completo dice: «Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo muerto en la carne, pero vivificado por el Espíritu; por lo cual también predicó a los espíritus en prisión». (1 Pedro 3:18, 19). El significado aquí es evidente, a saber, que fue mediante su muerte y la resurrección que Jesús predicó a estos ángeles caídos —una lección práctica, enseñada por su fidelidad al Padre Celestial y Creador, contra quien estos «espíritus» se habían rebelado.

Lucifer fue el primero de estos seres del espíritu en rebelarse contra Dios; y evidentemente ejerció una gran influencia sobre aquellos que más tarde se unieron a las filas de los rebeldes. En Mateo 25:41, la expresión «el diablo y sus ángeles» indica una estrecha relación existente entre Satanás y estos otros seres espirituales caídos. Fue el espíritu de ambición y orgullo lo que llevó a la caída de Lucifer (Isaías 14:14); y, aparentemente, el mismo espíritu ha impregnado las filas de estos ángeles caídos menores. La fidelidad de Jesús, por lo tanto, una fidelidad que lo llevó a humillarse y a ser obediente hasta la muerte, sería un poderoso sermón e e para estos «espíritus en prisión». El poder de ese sermón se vería enormemente aumentado cuando estos «espíritus» observaran que Jesús, a causa de su fidelidad, fue resucitado de entre los muertos y altamente exaltado a un lugar a la diestra de Dios, mientras que ellos fueron degradados y humillados debido a su deslealtad.

Así, encontramos que, uno por uno, cuando se comprenden adecuadamente, los diversos pasajes bíblicos que se refieren a la condición de los muertos se ven en armonía con esa gran verdad fundamental de que «la paga del pecado es muerte», y que «los muertos no saben nada». Eclesiastés 9:5

CAPÍTULO 5

¿Qué es el cielo?

«Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien según su abundante misericordia nos ha engendrado de nuevo a una esperanza viva por la resurrección de Jesús de entre los muertos, a una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para ustedes».
- 1 Pedro 1:3,4

Si queremos tener una comprensión bíblica de lo que hay más allá de la tumba tanto para los pecadores como para los santos, es necesario tomar en consideración lo que el relato inspirado tiene que decir con respecto al cielo. No hay duda del hecho bíblico de que Dios creó al hombre para vivir sobre la tierra, y que la tierra fue creada como un hogar para el hombre. Aunque el hombre perdió su dominio sobre la tierra y fue condenado a muerte por causa del pecado, la restauración a la vida en la tierra le ha sido asegurada mediante la muerte y resurrección de Jesús, como el redentor. La excepción a esta resurrección general de todos los hombres a una vida de perfección humana en una tierra glorificada son los fieles seguidores asidos de las huellas del Maestro quienes, como dejan claro las Escrituras, recibirán una recompensa celestial.

La Biblia, particularmente el Nuevo Testamento, tiene mucho que decir sobre el cielo y sobre las esperanzas celestiales. Jesús, por ejemplo, dijo: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera

así, os lo habría dicho. Voy a preparar un lugar para ustedes. Y si me voy y les preparo un lugar, volveré de nuevo e , y los recibiré a mí mismo; para que donde yo esté, allí estén ustedes también». Juan 14:2, 3

Esta es una promesa muy definida, que implica claramente un cambio de las condiciones terrenales a las espirituales. Sin embargo, se han atribuido muchos conceptos erróneos a estas palabras del Maestro. A menudo oímos expresar la esperanza de poseer una de estas «muchas moradas», pero Jesús muestra claramente que no eran para sus seguidores, sino que él se iba a «preparar un lugar» para ellos. La idea es que ya había muchas «moradas» en el momento en que habló, pero que se iba a proporcionar un nuevo lugar, o condición, para sus seguidores.

La expresión «muchas moradas» transmite la idea simplemente de lugares de morada o condiciones en las que hay una superabundancia de bendición y alegría. La tierra misma, y la condición de vida humana perfecta representada en nuestros primeros padres, fue sin duda una de estas «moradas». Esta morada, por supuesto, se perdió a causa del pecado, pero será restaurada en el tiempo debido de Dios, como veremos más adelante.

Según las Escrituras, existen varios planos angelicales de existencia. Estos también podrían incluirse propiamente entre las muchas «moradas» mencionadas por el Maestro. No sabemos cuántos planos u órdenes de vida hay en el reino espiritual del

Creador; pero a juzgar por la gran variedad de vida que existe en lo que llamamos el reino material, debe haber muchos. Pero ahora iba a haber una «nueva creación», se iba a preparar otro plano de existencia y se iba a proporcionar un e o para la iglesia: un lugar con Jesús y al que él fue exaltado en el momento de la resurrección.

La posición futura de la Iglesia

Jesús dijo: «Para que donde yo esté, allí estéis también vosotros». Esto muestra que el estado futuro de los fieles seguidores del Maestro será el mismo lugar, o condición, a la que él fue exaltado. Con respecto a la exaltación de Jesús, el apóstol dice: «Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo y le dio un nombre que está por encima de todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla, tanto en los cielos como en la tierra». Filipenses 2:9, 10

De hecho, el Padre Celestial le concedió al Maestro una gran exaltación, incluso a la «diestra del trono de Dios». (Hebreos 12:2). Y esta misma condición altamente exaltada está siendo «preparada» para la iglesia. Observe la promesa de Jesús en Revelación 3:21: «Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he sido vencido y me he sentado con mi Padre en su trono».

No es de extrañar que Pedro dijera que, a través de la resurrección de Cristo, el cristiano es «engendrado para una esperanza viva, [...] para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para ustedes». Observe las

palabras del apóstol en el versículo siguiente: «Quienes son guardados por el poder de Dios mediante la fe para la salvación, lista para ser revelada en el último tiempo». 1 Pedro 1:5

El «último tiempo» o «los últimos días» que se menciona con frecuencia en la Biblia, se refiere a ese período posterior a la segunda venida de Cristo. Esto significa que la herencia celestial reservada para la iglesia no ha sido recibida, a lo largo de los siglos, por cada cristiano individual en el momento de su muerte, como enseña la teología del credo, sino que es una recompensa que se dará al final de la era, cuando Jesús regrese y los muertos resuciten. Esto concuerda con la propia promesa del Maestro respecto al «lugar» que se preparará para sus seguidores: «Voy a preparar un lugar para ustedes, y si me voy... volveré y los recibiré conmigo, para que donde yo esté, allí estén ustedes también». ¡Cuán evidente resulta de estas palabras que ningún cristiano puede esperar estar con el Maestro hasta que él «vuelva» y los «reciba» consigo!

El apóstol Pablo da testimonio del mismo hecho de la siguiente manera: «He peleado la buena batalla, [...] he guardado la fe; de aquí en adelante me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, el Juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su aparición». (2 Timoteo 4:7,8). Ah, sí, bien sabía el apóstol que su recompensa celestial como coheredero con Cristo en el reino mesiánico no sería recibida hasta el fin de la era, cuando Jesús regresara para llevarse a todos los santos consigo.

El ferviente deseo de Pablo

Debido a una traducción errónea de las palabras de Pablo en Filipenses 1:23, algunos han llegado a creer que el apóstol esperaba estar en el cielo con Jesús inmediatamente después de su muerte. Citaremos el pasaje: «Estoy dividido entre dos deseos: anheló irme y estar con Cristo, lo cual sería mucho mejor para mí...». La palabra «ir» () en este texto proviene de la palabra griega «*analousai*», y evidentemente debería haberse traducido como «regresar», y así la traduce el profesor Wilson en su *Emphatic Diaglott*.

En los versículos anteriores, el apóstol explica que no está seguro de si va a ser ejecutado en breve, o si va a ser liberado por las autoridades romanas y así se le permitirá continuar por un tiempo en el ministerio. No tenía elección entre estas dos cosas: «Estoy dividido entre dos». Pero había una tercera cosa que él prefería mucho más, y esa era el «*analousai*»; y su preferencia por esto era para poder estar con Cristo.

Pablo sabía que no podría estar con Cristo hasta el «regreso» del Maestro, y simplemente estaba expresando su anhelante deseo por esta gloriosa consumación de la esperanza de todo verdadero cristiano. El profesor Wilson, en una nota al pie sobre este texto en su *Emphatic Diaglott*, comenta lo siguiente:

«La palabra *analousai* aparece en Lucas 12:36, y aquí se traduce como “regreso”: Sed como hombres que esperan a su maestro, cuando él regrese, etc. Jesús había enseñado a sus discípulos que volvería,

o regresaría. ... Pablo creía en esta doctrina y la enseñaba a otros, y buscaba y esperaba al Salvador del cielo... cuando... estuviera para siempre con el Señor».

Pablo no esperaba ir al cielo en el momento de su muerte. Solo había dos opciones entre las que podía elegir: una era disponer de un poco más de tiempo para vivir y servir a la verdad y a los hermanos; la otra era « » (adormecer en la muerte). Pero había algo que sería «mucho mejor» que cualquiera de estas dos opciones, y era estar con Cristo; pero sabía que eso era imposible en ese momento. Sabía que el «regreso» de Cristo estaba muy lejos en el futuro; y también sabía que su recompensa como cristiano no le sería dada hasta que la recibiera en la resurrección en el último día. 2 Timoteo 4:7,8

«Nuestra morada terrenal»

Las palabras del apóstol Pablo en 2 Corintios 5:1-9 a veces se malinterpretan en el sentido de que los cristianos van al cielo inmediatamente después de morir; pero el pasaje no enseña esto cuando se entiende correctamente. Pablo dice: «Sabemos que si nuestra morada terrenal, el Tabernáculo, se desmorona, tenemos un edificio de Dios, una casa no hecha por manos humanas, eterna en los cielos». Pablo sabía que esta gloriosa provisión de vida celestial había sido prometida por Jesús, pero ¿esperaba recibirla en el momento de la muerte?

Evidentemente no, pues en el cuarto versículo continúa: «No es que quedemos desnudos, sino que seremos revestidos, para que lo mortal sea absorbido

por la vida». En 1 Corintios 15:51-55 muestra claramente que la iglesia no será revestida de la inmortalidad hasta la resurrección, al sonar «la última trompeta». Esto lo sitúa más allá de la segunda venida de Cristo y concuerda con todas las demás escrituras que tratan el tema.

Cuando en 2 Corintios 5:8 Pablo habla de estar «ausente del cuerpo» y de estar «presente con el Señor», aparentemente no está contrastando esta vida presente con la vida resucitada más allá de la tumba, sino que más bien está hablando de dos condiciones que son posibles para el cristiano aquí mismo, en esta vida. Una, una condición de cercanía al Señor, a través de la fidelidad en hacer su voluntad, y la otra, la de un relativo alejamiento de él a través de la infidelidad al no prestar atención a sus palabras de instrucción. Pablo dice: «Por lo cual nos esforzamos, para que, ya sea presentes o ausentes, seamos aceptados por él». Es decir, ya sea que siempre podamos sentirnos cerca del Señor, o que a veces nos sintamos lejos de Él debido a nuestras imperfecciones, nosotros, como cristianos, debemos esforzarnos con fervor para que finalmente seamos aceptados por Él y escuchemos el «bien hecho» del Maestro.

«Sus obras los siguen»

La Revelación 14:13 es una promesa preciosa que se aplica durante un período muy limitado al final de la era y no puede utilizarse adecuadamente como una declaración general que describa el método de Dios para tratar con su pueblo a lo largo de la edad

evangélica. Dice así: «Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor desde ahora en adelante. Sí, dice el espíritu, para que descansen de sus trabajos; y sus obras los siguen».

La expresión «de ahora en adelante» es la clave para una comprensión adecuada de este pasaje, ya que muestra que la promesa es aplicable solo a partir de un momento determinado. El contexto indica que el tiempo al que se alude es el final de la era, tras la segunda venida de Cristo; que habría un período llamado «cosecha», durante el cual los santos fieles, al completar su curso terrenal con la muerte, no necesitarían permanecer dormidos en la muerte, sino que serían resucitados inmediatamente para participar en la actividad relacionada con el establecimiento del nuevo reino.

Pablo alude a esto en 1 Corintios 15:51, 52: «He aquí, les revelo un misterio», dice el apóstol, indicando que lo que está a punto de mencionar es una excepción a la regla general: «No todos dormiremos, pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la última trompeta; porque la trompeta sonará, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados».

Sí, todos los santos deben morir —ser «fieles hasta la muerte»— y «todos» deben ser transformados para revestirse de la inmortalidad; pero habrá algunos, al sonar la última trompeta, que no necesitarán permanecer «dormidos» en la muerte. Estos son los que, aunque cesarán en la muerte de su laboriosa

faena al servicio del Maestro, al ser resucitados inmediatamente, continuarán sin interrupción con su trabajo para él. Pero incluso este cambio inmediato de la mortalidad a la inmortalidad no será porque sean inmunes a la muerte, sino porque su resurrección vendrá en el momento de la muerte; no necesitan esperar en el sueño hasta la segunda venida del Señor, como fue necesario para el resto de la iglesia.

«Nadie ha subido al cielo»

No se hicieron promesas celestiales a los fieles siervos de Dios antes de la Primera Venida de Jesús; y el propio Maestro deja claro que hasta ese momento nadie había subido al cielo. Citamos las palabras de Jesús: «Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, es decir, el Hijo del Hombre». (Juan 3:13). Los apóstoles de Jesús entendieron claramente este asunto, pues Pedro, hablando el día del Pentecostés acerca del fiel patriarca David, dijo: «Porque David no subió a los cielos». Hechos 2:34

Muchos suponen que Enoc, a quien Dios trasladó, fue llevado al cielo, pero no es así. Evidentemente, el «traslado» de Enoc consistió simplemente en que fue sustraído de la vida sin necesidad de que él mismo experimentara los procesos propios de la muerte; y posiblemente antes de que tuviera la angustiada experiencia de ver morir a otros. El relato indica que fue trasladado para que «no viera la muerte».

Pablo, en el capítulo 11 de Hebreos, incluye a Enoc entre los fieles del pasado, de quienes dijo: «Todos estos murieron» (Hebreos 11:5, 13). En

Génesis 5:24 se nos dice que Enoc «ya no estaba, porque Dios lo llevó». Una expresión similar a esta se encuentra en Jeremías 31:15, donde, al describir la condición de los hijos muertos de Raquel, dice que «ya no estaban». La evidencia es convincente, entonces, de que, independientemente de lo que pueda implicar la idea de la traslación de Enoc, él no fue al cielo.

Elías y el carro

Algunos sostienen que Elías debe estar en el cielo, ya que suponen que fue llevado al cielo en un carro. Pero el relato muestra que el carro de fuego simplemente separó a Elías de Eliseo. Fue el torbellino el que hizo que Elías ascendiera al cielo. (2 Reyes 2:11). A este respecto, debe recordarse que las palabras «cielo» y «cielos» se utilizan a menudo en las Escrituras para describir la atmósfera e e que rodea la tierra; y fue evidentemente a este «cielo» a donde Elías fue llevado por el torbellino que puso fin a su agitada vida. Génesis 1:8, 9, 14, 15, 17, 20; 7:11, 23; Zacarías 2:6

El hecho de que en la visión de la transfiguración los discípulos vieran a Elías y a Moisés no significa que estos dos profetas estuvieran entonces realmente vivos en algún lugar del cielo. Al bajar del Monte de la Transfiguración, Jesús dijo a sus discípulos: «No contéis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos». (Mateo 17:9). Una visión no es una realidad. Pedro vio una visión de animales impuros que bajaban del cielo en un lienzo, pero no eran

animales reales. Juan, en la isla de Patmos, tuvo una serie de visiones en las que todo tipo de objetos, animados e inanimados, aparecieron ante él en un gran panorama histórico de dos épocas, pero ninguna de las cosas que vio eran realidades. Así, los discípulos tuvieron una visión en la que aparecieron Moisés y Elías, pero ambos profetas dormían en la muerte, y aún lo hacen hasta el día de hoy, y lo seguirán haciendo hasta la resurrección. Hebreos 11:35, 39, 40

Esta visión de la transfiguración era del reino de Cristo cuando se estableciera para reinar sobre la tierra. Todos los verdaderos cristianos, entonces exaltados a la gloria celestial, reinarán con Cristo, siendo el propósito de este reinado bendecir a la humanidad en general con salud y vida sobre la tierra. Será durante este tiempo cuando se restaurará el paraíso.

CAPÍTULO 6

¿Dónde está el paraíso?

Muchas personas usan las palabras «paraíso» y «cielo» como si fueran sinónimos, y por lo general se considera que ambos términos se refieren a un estado o lugar de felicidad espiritual muy alejado de este mundo material de pecado y muerte. Y se sostiene que todos los buenos cristianos van a este lugar inmediatamente después de la muerte. Hay algunos, sin embargo, que hacen una distinción entre el paraíso y el cielo, afirmando que el primero es una especie de estado intermedio al que casi todos entran al morir, y donde permanecen hasta el futuro día del juicio, cuando serán trasladados ya sea a un cielo de felicidad, de duración eterna, o a un infierno de tortura, que igualmente será sin fin.

Un estudio cuidadoso de las Escrituras indica que las opiniones anteriores son erróneas, y que este concepto erróneo no es más que otra indicación del esfuerzo del arciengañador por reforzar su mentira original: «De ninguna manera moriréis». Si los muertos están muertos, como hemos descubierto que las Escrituras enseñan tan claramente, entonces los que mueren no pueden estar disfrutando, ni en el paraíso ni en el cielo.

La palabra «paraíso» significa, literalmente, un jardín o parque. Se aplica de manera adecuada y bíblica al Jardín del Edén, del cual el hombre fue expulsado a causa del pecado. En Ezequiel 36:34, 35, el profeta indica que se restaurará en la tierra una condición similar a la del Jardín del Edén, lo cual,

según el testimonio del apóstol Pedro en Hechos 3:20, 21, es también la declaración unánime de todos los santos profetas de Dios. Pedro, aquí, se refiere al período en el que se llevará a cabo la rehabilitación del paraíso terrenal como los «tiempos de la restauración de todas las cosas».

Al examinar cuidadosamente las palabras del apóstol, se observará que el período de «restauración» seguirá a la segunda venida de Cristo: «A quien el cielo debe recibir hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas». Si, pues, el paraíso va a ser un estado mundial de felicidad y perfección aquí en la tierra, no solo no existía en el momento de la primera venida de Jesús, sino que, según las palabras de Pedro, no se hará realidad hasta que Cristo regrese y establezca su reino.

El ladrón en el paraíso

¿Qué quiso decir Jesús con su promesa al ladrón en la cruz? La declaración de Jesús: «Estarás conmigo en el paraíso», es en respuesta a la petición del ladrón: «Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino». (Lucas 23:42). No debemos suponer que el ladrón supiera mucho sobre el reino propuesto del Mesías. No era necesario que supiera mucho al respecto para hacer una petición de este tipo. La inscripción que se exhibía sobre la cabeza del Maestro mostraba claramente que él afirmaba ser un rey; y aunque en ese momento no parecía que Jesús fuera a poder ejercer jamás autoridad real o estar en posición de ayudar a nadie, el ladrón sin duda razonó

que no haría ningún daño mostrar una medida de respeto y reconocimiento hacia este supuesto rey criminal al pedir ser admitido en su reino.

Este gesto de cordialidad por parte del ladrón, motivado por un simple deseo que le llevó a formular su petición « », fue acogido por Jesús y traducido por él en una promesa viva y radiante: «Estarás conmigo en el paraíso». El hecho de que la respuesta de Jesús pretendiera reconocer la idoneidad de la petición del ladrón queda patente en su uso de la palabra «en verdad»; en otras palabras, tu petición está en armonía con el plan divino. «Yo soy un Rey, tendré un reino, y serás recordado en ese reino: “Estarás conmigo en el paraíso”».

Que el reino de Jesús aún no se había establecido en el momento en que le hizo esta promesa al ladrón es evidente en que enseñó a sus discípulos a orar: «Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». (Mateo 6:10). Esta oración inspirada no solo enfatiza el hecho de que el reino mesiánico no era entonces una realidad, sino que también corrobora la idea que ya hemos descubierto, a saber, que cuando llegue, será aquí mismo en la tierra.

El ladrón, pues, pidió una bendición terrenal, y la respuesta de Jesús prometió una bendición terrenal. Estas bendiciones terrenales del paraíso restaurado bajo la administración del reino mesiánico estarán disponibles para toda la humanidad cuando se inicien los tiempos de la restauración. Hasta entonces, sin embargo, el ladrón bondadoso, así como todos los que están en las tumbas, deben esperar las

bendiciones prometidas —esperar en el sueño de la muerte, hasta la mañana del nuevo día de la tierra, cuando serán despertados por la voz del Hijo del hombre. Juan 5:28

¿Qué quiso decir, entonces, Jesús con la expresión «hoy» en su promesa al ladrón en la cruz? La aparente dificultad para armonizar este pasaje con el testimonio general de las Escrituras relativo a la condición de los muertos ha sido causada por una colocación errónea de la coma en algunas traducciones de la Biblia. Los escritos originales e inspirados de la Biblia no tenían puntuación alguna, porque en aquella época aún no se había inventado la puntuación. De hecho, la puntuación es de origen relativamente moderno, ya que se introdujo en la literatura hace solo unos pocos cientos de años.

Los traductores de la Biblia, creyendo, como lo hace casi todo el mundo religioso, que el momento de la muerte es el momento del traslado a la dicha celestial, insertaron la coma en este pasaje para que se leyera en armonía con sus dogmas teológicos. Con solo cambiar la posición de esta coma obtenemos el pensamiento correcto del texto: «En verdad te digo hoy, estarás conmigo en el paraíso». Así revela el Maestro la confianza implícita que tenía en el plan del Padre Celestial para él.

El «hoy» de la declaración de Jesús era un día en el que, desde el punto de vista humano, parecía imposible que él llegara a tener un reino. Pero la fe del Maestro era tan grande que fue capaz, con plena confianza, incluso en un momento en que todas las

circunstancias naturales desafiaban su esperanza, de asegurar al ladrón de manera definitiva y positiva que efectivamente habría un reino mesiánico: el paraíso sería restaurado, y él estaría allí y tendría la oportunidad de disfrutar de sus bendiciones.

Pablo arrebatado al paraíso

En 2 Corintios 12:1-4, Pablo cuenta una visión en la que fue «arrebatado al paraíso». Esto, como explica el apóstol, fue una «visión», y no implica en absoluto que el paraíso existiera realmente en ese momento. El apóstol explica que en esta misma visión también fue arrebatado al «tercer cielo». Esta información nos da la clave del significado de toda la visión.

El apóstol Pedro, en su segunda epístola, capítulo 3, nos habla de este «tercer cielo» que Pablo vio en visión. De hecho, Pedro menciona los tres «cielos», y no solo el «tercero». Explica que el primero de estos cielos existía antes del diluvio de los días de Noé, y que fue destruido en el momento del diluvio. Relata también que el segundo cielo surgió en el momento del diluvio y que será destruido tras la segunda venida de Cristo. «Sin embargo», continúa el apóstol, «nosotros, según su promesa, esperamos nuevos cielos y una nueva tierra, en los cuales mora la justicia».

Estos «nuevos cielos» que esperamos serían, entonces, los «terceros». Pedro habla también de una «nueva tierra». Es esta «nueva tierra» la que Pablo describe como el «paraíso» de su visión. Ahora bien, Pedro deja claro que tanto los nuevos o «terceros» cielos como la nueva o «paraíso» tierra serán creados, o traídos a la existencia, tras la segunda venida de Cristo. Esto confirma nuestras conclusiones anteriores, a saber, que el paraíso aún

no existe, por lo que nadie puede ir al paraíso en el momento de la muerte.

Bendiciones en la tierra del «paraíso»

Pedro dice que «según su promesa» esperamos «nuevos cielos y una nueva tierra». La «promesa» a la que el apóstol alude evidentemente es la de Isaías 65:17-25. Uno de los hechos destacados en relación con esta promesa, como se observará al leerla, es que con la creación de la «nueva tierra» llega el «regocijo»; el fin del «llanto»; ya no habrá «niños de pocos días»; seguridad económica, ya que los que construyan casas «las habitarán»; «no trabajarán en vano, ni darán a luz para la aflicción»; antes de que clamen, el Señor «les responderá»; «el lobo y el cordero se alimentarán juntos»; y, por último, la promesa que lo abarca todo: «No harán daño ni destruirán en todo mi santo monte [reino], dice el Señor».

Esta es una de las gloriosas promesas del reino de la Biblia, ya que el término «montaña» se utiliza aquí para simbolizar el reino de Dios. Es esa montaña descrita en Daniel 2:35, 44, 45, que crecerá y llenará toda la tierra. Es el reino en el que se recordará al ladrón en la cruz: el reino que restaurará las condiciones del paraíso en todo el mundo. Nada en esta profecía indica que se trate de una promesa de bendiciones celestiales; todo es terrenal.

Los mismos «cielos nuevos y tierra nueva» se mencionan en Revelación 21:1-4, junto con las mismas bendiciones prometidas tras su establecimiento. ¡Qué bendiciones tan maravillosas y de tan gran alcance son! Citamos: «Dios enjugará toda lágrima de sus ojos; y ya no habrá muerte, ni

llanto, ni g , ni habrá más dolor; porque las primeras cosas han pasado».

Tanto Isaías como el Revelador asocian los «cielos nuevos» y la «tierra nueva» con la «nueva Jerusalén». Pablo, en Gálatas 4:26, identifica a la iglesia como esta clase de Jerusalén celestial. La iglesia también es llamada la «novia» de Cristo, y en Revelación 21:9, 10 aprendemos que esta «novia» es, en efecto, la «nueva Jerusalén». Así, cuando los nuevos cielos y la nueva tierra se establezcan finalmente, la clase de la iglesia ya se habrá completado y estará con el Señor Jesús como coheredero con él en este nuevo orden del reino.

Entonces, como su novia, se unirán a la obra bendita de restaurar la vida a todos los que escuchen y vengan a la fuente de vida que se les proporcionará entonces: «Y el espíritu [nuestro Señor Jesús] y la novia dicen: Ven. ... Y el que quiera, que tome gratuitamente el agua de la vida». (Revelación 22:17). Se muestra que esta agua de vida sale de debajo del trono de Dios y del Cordero: un hermoso simbolismo combinado que nos dice que las bendiciones de la vida entonces disponibles estarán sujetas a las regulaciones gubernamentales del nuevo reino —el «trono»— y serán gratuitas para todos los que las deseen gracias a la obra redentora del Cordero inmolado. Revelación 22:1

Los «cielos» y la «tierra» son también, por supuesto, simbólicos; y las Escrituras indican que representan las dos fases del nuevo reino: la fase celestial compuesta principalmente por Jesús y su

iglesia glorificada, quienes serán los gobernantes espirituales e in s del reino; y la fase terrenal compuesta principalmente por los antiguos profetas resucitados y otros dignos del pasado, quienes se convertirán en «príncipes en toda la tierra». Salmo 45:16

Jesús dijo: «Veréis a Abraham, a Isaac y a Jacob, y a todos los profetas en el reino de Dios», y, efectivamente, serán resucitados de entre los muertos y restaurados a la vida humana perfecta; y serán estos «estadistas» perfectos, representantes del Cristo divino, quienes tratarán directamente con el mundo de la humanidad. Sí, será un reino real, y cuando se establezca, el resultado serán verdaderas bendiciones de vida para toda la creación que gime.

Esta es, pues, la esperanza que las Escrituras nos ofrecen como consuelo y apoyo en tiempos de necesidad. Gloria, honor e inmortalidad, como coherederos con Jesús en su reino para todos los cristianos fieles; y vida humana restaurada en un paraíso terrenal para todos los demás seres humanos que, cuando se establezca el reino del Mesías, obedezcan sus leyes y acepten «el agua de la vida gratuitamente».

Bendiciones del reino

¡Qué glorioso tiempo de bendición proporcionará este reino divino al mundo enfermo de pecado en respuesta a la oración: «Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»! Sin duda, será una nueva dispensación. Los cambios de una dispensación a otra en el pasado han sido marcados

y prominentes, pero este cambio será el más destacado y trascendental de todos, porque significará una transferencia del gobierno mundial del reinado de muerte de Satanás al reinado de vida del Mesías; de la adoración supersticiosa de dioses falsos a la adoración inteligente de Jehová, el Dios verdadero, y de Cristo, su Hijo, el redentor del mundo y Dador de vida.

La sola idea de cambios de tal alcance sería abrumadora para la fe si no fuera por la certeza de que han sido prometidos y planeados por el Dios Todopoderoso y Creador del universo, quien es tan plenamente capaz de devolver la vida a los muertos, por medio de su Hijo, como lo fue de crear la vida en primer lugar. ¡Y qué espectáculo será: toda una raza regresando a Dios y a la vida con cánticos de alegría eterna en sus labios y en sus corazones! Ah, sí, «obtendrán gozo y alegría, y el dolor y el suspiro huirán». Isaías 35:10

El dolor y el gemido parecen ahora inseparables de nuestro ser, pero la promesa divina es que «huirán». El pecado, la enfermedad y la muerte han sido las causas de todo el dolor en el mundo, y estos «enemigos» de la raza serán destruidos por el poder del reino del Mesías. Así, aunque el llanto en cilicio y ceniza ha perdurado a lo largo de la larga noche del dominio del pecado y la muerte, la alegría espera a la creación que gime en la mañana milenaria que ahora está a punto de amanecer. Entonces las lágrimas serán enjugadas de todos los rostros, y se dará belleza por cenizas, y aceite de alegría por el espíritu de pesadumbre.

En Isaías 25:6-9 el profeta nos da una descripción profética del nuevo reino, cuando se restaurarán las condiciones paradisiacas en todo el mundo, y una parte de esta profecía declara que Dios entonces «tragará la muerte en victoria». En 1 Corintios 15:54, el apóstol Pablo cita esta promesa y explica que se cumplirá tras la exaltación de la iglesia a la inmortalidad con su Señor. Una de las promesas originales de las bendiciones del reino fue dada a Abraham, en la que Dios le dijo que a través de su descendencia serían benditas todas las familias de la tierra.

En Gálatas 3:8, 16 y 27-29, Pablo explica que el cumplimiento de la promesa hecha a Abraham vendrá a través de Cristo y su iglesia glorificada, sus fieles seguidores asidos de esta era. Esta es, pues, la razón por la que las condiciones paradisiacas de vida y felicidad aún no han sido restauradas en la tierra; es decir, los seguidores de Cristo de esta era, quienes compartirán su hogar celestial y serán coherederos con él en la dispensación de las bendiciones de vida al mundo, deben primero ser seleccionados y preparados para su elevada posición en el reino.

Los signos de los tiempos indican, sin lugar a dudas, que estamos viviendo el final de esta era, cuando la obra de selección de la iglesia de Cristo está a punto de completarse. Esto significa que el «dulce por venir» de la edad dorada de bendiciones del mundo se acerca ahora, que pronto la noche oscura del llanto dará paso a una mañana de canto. ¡Qué tiempo tan alegre será aquel en que los

funerales ya no serán el orden del día, sino que en su lugar vendrá el feliz reencuentro de amigos y parientes una vez amados, pero perdidos por un tiempo en la muerte —un reencuentro que será permanente para todos aquellos que entonces obedezcan las leyes de ese reino divino y, mediante la obediencia, se hagan partícipes de los poderes restauradores e es del Cristo divino y su novia glorificada! Revelación 22:17

Ninguna criatura de la raza redimida será demasiado baja para que la gracia divina la alcance a través de la agencia todopoderosa y bendita del reino. Ninguna degradación del pecado será demasiado profunda para que la mano de la misericordia la alcance, a fin de rescatar el alma comprada con sangre; ninguna oscuridad de ignorancia y superstición será demasiado densa en ningún corazón, sino que la luz de la verdad y el amor divinos penetrará su penumbra y le traerá el conocimiento de la alegría y el gozo del nuevo día, y la oportunidad, mediante la obediencia, de participar de sus bendiciones. Ninguna enfermedad que pueda atacar y contaminar el sistema físico estará más allá del control inmediato del Gran Médico. Y ninguna deformidad o enfermedad mental podrá resistir su toque sanador.

Pero que nadie suponga ni por un momento que esto significa la reconciliación universal y la salvación de cada individuo, independientemente de su obediencia a las leyes del nuevo reino; pues las Escrituras no enseñan tal salvación incondicional. En Hechos 3:20-23, el apóstol nos habla del tiempo

venidero de restauración que Dios ha prometido por boca de todos sus santos profetas, pero deja claro que el recibir esas bendiciones por parte del individuo dependerá de la obediencia a «ese profeta», el Cristo divino. Él dice: «Y sucederá que toda alma que no escuche a ese profeta será destruida de entre el pueblo».

Pablo planteó la pregunta de cómo alguien puede creer en Cristo si no ha oído hablar de él. De hecho, nadie será ni salvado ni perdido en su ignorancia. Las Escrituras enseñan que nadie será destruido en lo que la Revelación describe como la «segunda muerte» hasta que, a través de un claro conocimiento de la verdad, haya tenido plena oportunidad de creer y obedecer. Para lograr este fin, el plan de Dios prevé un despertar de todos los que duermen en la muerte. Pablo se refiere a este despertar cuando dice en 1 Timoteo 2:3,4 que es la voluntad de Dios que todos sean «salvados», no salvados eternamente, sino salvados del sueño de la muerte para que puedan llegar al conocimiento de la verdad, particularmente la verdad concerniente al don de Dios de su Hijo para ser su redentor. Pero la vida eterna será la parte feliz solo de aquellos que, cuando sean iluminados, «crean» en él. Este límite de la gracia de Dios se establece claramente en Juan 3:16: «Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo engendrado, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna».

No nos corresponde a nosotros conjeturar cuántos, o cuán pocos, rechazarán la gracia de Dios durante el período milenario, cuando el mensaje puro

de la verdad cubra la tierra. Las condiciones actuales no nos ofrecen ningún criterio por el cual juzgar, porque el mundo en este momento está cegado por las influencias engañosas del gran engañador, Satanás. Es un error suponer que todos los que viven al alcance del sonido de las campanas de las iglesias tienen una oportunidad justa de conocer a Cristo y creer en él, porque hay tantas campanas de iglesias en conflicto. Ellas mismas están irremediabilmente divididas en cuanto a lo que constituye la verdad; y si los ciegos guían a los ciegos, ¿qué e e podemos esperar sino que ambos caigan en la zanja de la confusión y la duda? Así es.

Pero justo al comienzo del período del reino, en el que el ladrón en la cruz pidió que se le recordara, Satanás, el archiengañador de la humanidad, será atado. (Revelación 20:1, 2). El profeta compara la llegada al poder del Mesías con la salida del sol, y al nuevo Rey de la tierra se le llama el «Sol de Justicia», que saldrá con poderes sanadores y vivificantes, disipando las brumas de la oscuridad y la superstición, e iluminando el mundo con el verdadero Evangelio del amor de Dios. Malaquías 4:2

Ese será el momento en que todos tendrán una oportunidad genuina de demostrar su lealtad a los principios divinos de justicia que entonces se ejemplificarán en los arreglos del reino mesiánico, teniendo el privilegio de morar eternamente en ese paraíso terrenal restaurado. Aquellos que no crean ni obedezcan serán, según las Escrituras, «destruidos de entre el pueblo». Hechos 3:23

Así vendrá el reino de Dios, y se hará su voluntad en la tierra, como se hace en el cielo. Así reinará Cristo como vicario del Padre hasta que haya derrocado toda autoridad y poder antagónicos, y haya hecho que toda rodilla se doble y toda lengua confiese la sabiduría, la justicia, el amor y el poder de Dios el Padre.